

El movimiento campesino transnacional de América Central

MARC EDELMAN*

Resumen: Desde 1989, organizaciones campesinas de todos los países de América Central han dado pasos sin precedentes hacia la formación de instancias regionales de coordinación, reflexión y movilización. Este proceso de acercamiento entre organizaciones —a veces política y socialmente muy distintas entre sí— se debe a que las organizaciones campesinas reconocen que los pequeños y medianos productores agrícolas del istmo centroamericano hacen frente a problemas comunes que rebasan las fronteras de los estados nacionales y que requieren planteamientos y soluciones de orden regional. Entre ellos, el más urgente es articular estrategias económicas, políticas y de producción al nivel regional frente a las políticas neoliberales. El presente estudio analiza la experiencia de Asocode, asociación campesina centroamericana que constituye una expresión novedosa de la internacionalización de los movimientos populares.

Abstract: Since 1989, peasant organizations from all Central American countries have taken unprecedented steps towards the formation of regional networks. This process of coordination between politically and socially diverse organizations grows out of the recognition that small and medium-size producers throughout the isthmus confront common problems which transcend national boundaries and which require regional proposals and solutions. Among these problems, the most urgent is the articulation of regional economic, political and productive strategies to deal with neoliberalism. This study analyzes the experience of Asocode, a Central American peasant association that constitutes an innovative effort to internationalize popular movements.

DESDE FINALES DE LA DÉCADA DE 1980 los campesinos de América Central han comenzado a organizar una estrategia política y económica. Los agricultores de las cinco repúblicas que constituían la “patria grande” de la América Central española (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica), así como los de Panamá y Belice, han fundado organizaciones regionales que se reúnen para comparar distintas experiencias con la política del libre mercado, difundir nuevas tecnologías, crear fuentes de financiamiento y formar canales de comercialización para sus productos en el extranjero. También se han hecho pre-

* Agradezco las becas de la National Science Foundation de los Estados Unidos (#SBR-9319905), el National Endowment for the Humanities (#FA-32493), la Wenner-Gren Foundation (#5627), y el PSC-CUNY Research Program (#668480). Han sido muy valiosos los comentarios de Anthony Bebbington, Kees Biekart, Michael Dorsey, Charles R. Hale y James Scott. También estoy en deuda con León Arredondo, Mauricio Claudio, Alcira Forero-Peña, Néstor Hincapié y Víctor Ortiz, que ayudaron a transcribir y grabar las entrevistas. Este proyecto aprovechó mucho la amistad, confianza y apoyo de algunos activistas campesinos, secretarios y técnicos de las organizaciones de toda América Central: a todos, muchas gracias. Dirigir correspondencia a Department of Anthropology, Hunter College, City University of New York, 695 Park Avenue, New York, NY 10021-5085; tel.: 212-772-56-59 (Hunter); 212-642-24-35 (Cuny Graduate Center). Fax: 212-772-5423 (Hunter); fax: 212-642-23-48 (Cuny Graduate Center); e-mail: medelman@email.gc.cuny.edu.

[277]

sentes en los sitios cada vez más remotos donde se toman las decisiones que repercuten en su forma de ganarse la vida. En la actualidad, pequeñas organizaciones de campesinos hacen política en las Naciones Unidas, en el Banco Mundial, en el Fondo Monetario Internacional, en la Unión Europea y en las reuniones cumbre regionales. Los campesinos centroamericanos han asistido a muchas reuniones regionales de ministros de Agricultura y presidentes, así como a acontecimientos como la Cumbre para la Tierra celebrada en Río de Janeiro en 1992, a la Cumbre de Jefes de Estado del Hemisferio Occidental que se llevó a cabo en Miami en 1995, a la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social realizada en Copenhague en 1995, y a la Cumbre de la Seguridad Alimentaria celebrada en Roma en 1996.

Los estudiosos del “transnacionalismo”, la acción colectiva y las cuestiones agrarias, con dificultad han mantenido el paso de la veloz internacionalización de la política campesina. La antropología de la globalización y el transnacionalismo han hecho hincapié en la emigración, la “desterritorialización” y en las “culturas híbridas” más que en las nuevas formas de política supranacional (Appadurai, 1990; García Canclini, 1992; Glick-Schiller *et al.*, 1992; Kearney, 1995, 1966). Las antologías recientes de estudios sobre la acción colectiva (Laraña *et al.*, 1994; Morris y Mueller, 1992) y los movimientos sociales en América Latina (Eckstein, 1989; Escobar y Álvarez, 1992; Sinclair, 1995) no mencionan proceso alguno de internacionalización. La bibliografía del “proceso de globalización de las bases” y las “redes” sobre los vínculos transnacionales cada vez mayores entre las organizaciones de base (por ejemplo, Alger, 1988; Brecher, 1993; Clark, 1995; Falk, 1987; Keck y Sikkink, 1998; Laxer, 1995; Risse-Kappen, 1995; Tarrow, 1995, 1998) suelen ignorar a los campesinos y concentrarse casi exclusivamente en los grupos indígenas (Brysk, 1996), de derechos humanos (Sikkink, 1993), de mujeres (Elshtain, 1995; Palley, 1991), de trabajadores (Kidder y McGinn, 1995) y de ecologistas (Keck, 1995), aunque las nuevas organizaciones campesinas transnacionales a veces tengan estrecha relación con esos grupos. Por último, el agudo análisis de algunos estudios agrarios (como el de Roseberry, 1993) destaca atinadamente la importancia que tiene dar una dimensión histórica a las identidades y la resistencia rurales, pero no mencionan cómo podría lograrse ese propósito en el caso de las organizaciones campesinas transnacionales surgidas en los decenios de 1980 y 1990. Los pocos trabajos que sí se ocupan de analizar el nuevo movimiento campesino transnacional son obra en gran medida de intelectuales de instituciones europeas que lo financian o de investigadores latinoamericanos que dedican sus estudios a él; al principio éstos tendían (no es de sorprender) a ser en exceso optimistas en lo referente a sus perspectivas, aunque más recientemente se han vuelto más críticos (Biekart y Jelsma, 1994; Biekart, 1996; Morales y Cranshaw, 1997; Smith, 1997; Tangermann y Ríos, 1994).

La falta de atención por parte de los académicos dedicados al transnacionalismo, la acción colectiva y las cuestiones agrarias, a la política campesina internacional no se debe a una incompatibilidad fundamental de perspectiva entre los investigadores que trabajan en esas corrientes (ni entre ellos y el autor del presente ensayo). Más bien, los postulantes de estos planteamientos y de otros similares han tendido a

trabajar en mundos intelectuales separados aunque paralelos, a menudo en niveles tan elevados de abstracción que ciertos objetos de estudio eluden en gran medida su atención. A continuación sostengo que los activistas campesinos transnacionales contemporáneos tienen los mismos intereses materiales o de clase que los “viejos” movimientos sociales, así como el de tratar de introducir cambios en las directrices de los diferentes Estados; al mismo tiempo que adoptan gran parte del planteamiento de los “nuevos” movimientos sociales en materia de identidad y especificidad cultural (*cf.* Calhoun, 1993; Hellman, 1995). De manera parecida, si bien estos activistas constituyen densas “redes de confianza” personales y movilizan a la población de sus países —características que algunos consideran rasgo esencial de los “movimientos sociales”— también participan en la “política de información” mundial y en la “política responsable” que se considera más frecuente entre los “activistas” transnacionales o “redes de promoción de intereses” (Keck y Sikkink, 1998; Tarrow, 1998, cap. 11).

Si la política campesina transnacional parece deslizarse entre las grietas de los paradigmas teóricos actuales, el concepto de “campesino” también se considera intelectualmente desde hace mucho tiempo como “incómodo” (Shanin, 1972) o “perturbador” (Kearny, 1966). En un sagaz replanteamiento de los estudios campesinos, Michael Kearny (1996) indica que esta “dificultad” obedece al enfrentamiento entre un concepto analítico “ambiguo” —“campesino”— y las complejas realidades de los pueblos emigrantes, desterritorializados, con diversas ocupaciones y que dependen de diversas corrientes de ingresos.¹ Ese trabajo indica en cambio que la verdadera dificultad podría ser comparar los marcos “poscampesino”, “posdesarrollo” y de los “nuevos movimientos sociales” con un grupo de referentes empíricos “problemáticos” que obstinadamente afirman las identidades y aspiraciones “campesinas” en favor de un mayor bienestar económico y social, al que se da el caso que denominan “desarrollo” (*cf.* Warman, 1988; 657-658). No hace falta compartir la preocupación de Teodor Shanin por definir los atributos campesinos genéricos para reconocer la validez de su afirmación en el sentido de que los campesinos “no sólo son un concepto analítico, no sólo son ‘portadores’ de características [...], sino un grupo social que existe en la conciencia colectiva y en la realidad política de sus integrantes” (Shanin, 1990: 69).

El presente artículo tiene tres objetivos fundamentales: 1) analizar la formación, la práctica y el discurso de la principal organización campesina regional de América Central, la Asociación Centroamericana de Organizaciones Campesinas para la Cooperación y el Desarrollo (Asocode), que cuenta con coaliciones integrantes en los siete países del istmo;² 2) considerar lo que indica la organización campesina inter-

¹ No se trata, desde luego, de un argumento nuevo. Anthony Leeds dijo casi lo mismo hace dos decenios en un importante ensayo, a menudo pasado por alto: “*Mythos and Pathos: Some Unpleasantries on Peasantries*” (1977).

² “Región” y “regional” se utilizan aquí para hacer referencia a América Central en conjunto. Otras organizaciones campesinas centroamericanas incluyen grupos específicos de diversos sectores como la

nacional sobre la representación de la identidad campesina en la América Central contemporánea; y 3) someter a examen la medida en que la asociación campesina centroamericana ha superado la debilidad y divisiones tradicionales que afligen a las organizaciones campesinas de esta región y en todas partes. El trabajo sostiene que si bien la Asocode ha obtenido notables logros y ha superado muchos problemas que anteriormente infestaban los movimientos agrarios, depender del financiamiento internacional ha dado lugar a nuevas tensiones. Entre ellas, rivalidad por los privilegios de los dirigentes, una "política de la información" orientada a un público internacional más que al local y escepticismo entre algunas organizaciones populares sobre los ambiciosos planes de la asociación transnacional y sus afiliados nacionales.

LAS RAÍCES DE LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO

En América Central durante la década de los ochenta, los campesinos se unían con frecuencia a los movimientos armados de oposición (El Salvador, Guatemala, Nicaragua) o participaban en amargas luchas contra el gobierno por los programas de ajuste económico (Panamá, Honduras, Costa Rica); pero conforme fueron terminando o menguando las guerras civiles del decenio pasado y comenzaron a parecer inexorables las medidas del libre mercado, los pequeños agricultores de distintos países reconocieron cada vez más que tenían frente a sí problemas parecidos y relacionados. Entre éstos: 1) el avance del Estado y los grupos empresariales hacia una integración política y económica regional, que creaba nuevos sitios de decisión por encima de los estados nacionales y amenazaba con dejar atrás a los sectores populares; 2) los programas de ajuste estructural (PAE) que cercenaban los servicios sociales (como los de extensión agrícola) y el crédito, reducían el apoyo a los precios agrícolas y otros subsidios (por ejemplo, al crédito y los insumos), invertían las reformas agrarias a duras penas conquistadas y facilitaban la penetración del capital transnacional en la agricultura (Fallas, 1993; Fondad, 1993; Pino y Thorpe, 1992; Stahler-Sholk, 1990; Thorpe *et al.*, 1995);³ 3) la reducción de los aranceles extrarregionales, que exigían que los productores de cereales compitieran con agricultores extranjeros; 4) la liberalización del comercio de cereales en América Central, que exacerbó las

Unión de Pequeños Productores de Centroamérica, México y el Caribe de Café (Uprocafé), fundada en 1989, y la Confederación de Cooperativas del Caribe y Centroamérica (CCC-CA), fundada en 1980, que cuenta con una sección de cooperativa agrícola. Los sindicatos de trabajadores de los bananos han participado desde 1993 en la Coordinadora de Sindicatos Bananeros de Centroamérica y Colombia.

³ Los procesos de integración regional se aceleraron después de la cumbre de Jefes de Estado centroamericanos de junio de 1990, celebrada en Antigua, Guatemala. En diciembre de 1991, el Protocolo de Tegucigalpa creó el Sistema de la Integración Centroamericana (Sica), que incorporó las reuniones regionales periódicas de jefes de Estado y ministros y el parlamento regional (Parlacen), fundado como parte de los Acuerdos de Paz de Esquipulas de 1987. En contraste con el Mercado Común Centroamericano de la década de los sesenta, que recurría a elevados aranceles extrarregionales para estimular la industria orientada a los mercados regionales, las actividades de integración actuales son de carácter antipro-

desigualdades sectoriales y regionales (Fallas, 1993: 878-889; Solórzano, 1994); 5) la ayuda alimentaria de los Estados Unidos que saturó los mercados de granos e hizo a los consumidores sustituir el maíz local con trigo importado (Garst y Barry, 1990); 6) la caída de los precios del café al terminar el Convenio Internacional del Café;⁴ 7) una grave crisis ecológica, con una contaminación agroquímica de la tierra y el agua cada vez mayor, así como un círculo vicioso de deforestación, erosión y fertilidad decreciente; 8) la proliferación de ONG, a menudo con apoyo de fondos de “compensación social” de las principales organizaciones bilaterales de ayuda o multilaterales de crédito, que las organizaciones campesinas a menudo consideraban como intrusas o competencia (CCOD, 1990; Edelman, 1991; Kruijt, 1992); y 9) la añeja falta de acceso a los servicios de transporte, almacenamiento e instalaciones de procesamiento, así como a la información del mercado, que incrementa la vulnerabilidad de los campesinos y su dependencia respecto tanto de los intermediarios como de las grandes agroindustrias, y reduce así sus ingresos.

La internacionalización del movimiento también fue producto de la actividad de una generación más joven de dirigentes del movimiento que esperaban difundir una nueva identidad colectiva entre los campesinos de la región. Estos activistas —producto de dos decenios de levantamientos, guerras y crisis— constituyen una especie de “intelectuales campesinos” que ha sido objeto de poca atención de los científicos sociales.⁵ Como otros campesinos, han tenido que adaptarse a los importantes cambios tecnológicos que se han presentado en la agricultura (primero los “paquetes” de insumos de la “revolución verde” y luego los cultivos de exportación “no tradicionales” y de alto riesgo), así como a las complejas instituciones financieras, de comercialización, de servicios de extensión, del sector cooperativo y de tenencia de la tierra con que han tenido que interactuar cada vez más los pequeños campesinos. La cultura urbana y la rural también han convergido, y no sólo por la emigración del ámbito rural al urbano o porque los medios de difusión lleguen al campo; en gran parte de la región, una proporción considerable de la población económicamente activa de la agricultura hoy vive en zonas urbanas y una porción cada vez mayor

teccionista y hacen hincapié en las exportaciones agrícolas no tradicionales (y en las maquilas o plantas de costura de prendas de vestir) como motor del crecimiento. La creación del Sica y de los grupos empresariales de presión regionales (como la Fedepriac) son algunos de los casos que señalan los dirigentes campesinos para explicar por qué sintieron la necesidad de organizarse regionalmente. En la Declaración de Managua II en septiembre de 1997, los países centroamericanos y la República Dominicana declararon su intención de avanzar hacia una unión política de estilo europeo.

⁴ En 1989 se estancaron las negociaciones para lograr un nuevo convenio del café y los precios mundiales se desplomaron 40% en un mes, hasta tocar los niveles más bajos de más de 20 años (Pelupessy, 1993: 39-40). En 1994 los precios registraron un incremento moderado; se precipitaron en 1995 y comenzaron a recuperarse de manera más constante en 1997.

⁵ La excelente obra de Feierman, *Peasant Intellectuals* (1990) se refiere a un tipo de dirigente africano cuyo exotismo parece confirmar los viejos estereotipos sociológicos y populares de la población rural. Los “intelectuales campesinos” discutidos en este trabajo, por lo contrario, tal vez se encuentren más próximos a lo que Gramsci (1967) concibió como “intelectuales orgánicos”, aunque rechacen más firmemente cualquier vínculo “orgánico” con los partidos políticos.

de la población rural económicamente activa participa en actividades que no son de carácter agrícola (Ortega, 1992).

En algunos países —particularmente en Costa Rica, aunque también en Panamá cuando gobernaba Omar Torrijos y después en la Nicaragua sandinista—, la educación superior amplió significativamente los horizontes de una generación de jóvenes, algunos incluso de familias rurales de bajos ingresos. El movimiento cooperativista, la Iglesia y las instituciones del Estado, los partidos políticos, los movimientos guerrilleros, las ONG y las organizaciones campesinas impartieron cursos todavía a muchos otros activistas campesinos.⁶ Aunque tengan pocos estudios, muchos de ellos han viajado mucho, tienen conocimientos de informática y de política macroeconómica, de política nacional e internacional, y están al día en los últimos acontecimientos en el campo de la agronomía y la silvicultura.⁷ Con un grupo de intelectuales y técnicos “acampesinados” o “procampesinos” que trabajan con sus organizaciones (y que también estuvieron atrapados en la agitación de los años setenta y ochenta, y algunos

⁶ “He tomado cualquier cantidad de cursos”, señaló Amanda Villatoro. Nacida en 1961, concluyó el noveno grado en el oriente de El Salvador y luego se convirtió en una destacada dirigente de la Unión Comunal Salvadoreña (UCS). “Cursos sobre proyecciones de estadística, microeconomía, macroeconomía, teorías políticas...”, bueno, tengo un largo currículum ahí. Porque la UCS me facilitó capacitarme, con profesores de muy alta calidad y aunque no fui a la universidad y mucho menos terminé el bachillerato, yo creo que los conocimientos adquiridos equivalen al cuarto año de economía. Son las herramientas que necesito para interpretar cosas. O sea, nos han formado de manera informal; la formación nuestra no es formal de la escuela ni con títulos ni mucho menos. Pero es cierto que ha funcionado lo que nos han enseñado porque sí somos capaces de interpretar la realidad y de interpretar los números que nos presentan los gobiernos y los empresarios” (entrevista, San Salvador, 21/VII/1994).

Jorge Amador, dirigente de la Central Nacional de Trabajadores del Campo (CNTC) y del Consejo Coordinador de Organizaciones Campesinas de Honduras (Cococh), hizo un año y medio del bachillerato; pero después también recibió una amplia formación especializada: “Hemos tenido alguna participación en eventos de capacitación tanto en Honduras como fuera del país, en diferentes temas sobre sociología, un poco de filosofía, planificación, derecho agrario. Programas de capacitación de la CNTC. Participé durante tres meses en un curso que se llama ‘técnico en desarrollo’ agrario, TDA, un curso de tres meses y medio acá en Honduras. Hemos participado también fuera del país. Estuvimos en Panamá durante tres meses y medio. Hemos participado en una gran cantidad de eventos de capacitación. A nivel personal hemos tenido siempre la iniciativa de estar leyendo un poco, en la medida de lo posible. Hemos hecho algunas giras al exterior; hemos compartido algunas experiencias en algunos países como México, Nicaragua, Colombia, y un poco por Europa también (Inglaterra). Tengo una pequeña biblioteca, una micro-biblioteca en mi casa” (entrevista, Tegucigalpa, 29/VII/1994).

⁷ Otro ejemplo de El Salvador indica algo de la trayectoria personal de estos intelectuales campesinos, y muestra cómo en el proceso de investigación a menudo se puso en tela de juicio el concepto de “campesino” del autor urbano de este trabajo. En julio de 1994 acudí a un edificio sin letrero de un barrio sucio donde vivían obreros de San Salvador, para entrevistar a René Hernández, dirigente de la Sociedad de Cooperativas Cafetaleras de la Reforma Agraria (Socra). Nacido en 1957, logró terminar el quinto grado en su pueblo natal de Candelaria de Santa Ana. Beneficiario de la primera etapa de la reforma agraria de El Salvador, pertenece a una cooperativa fundada en 1980 que cuenta con 25 manzanas (17.5 hectáreas) de café. A principios de los años ochenta asistió a cursos de la Cenap, organismo del Estado, sobre administración de cooperativas. A finales de la misma década ya era dirigente de la Fesacorosal y de la Confras, organizaciones de cooperativas con influencia de una de las tendencias de la oposición armada, el FMLN (Goitia, 1994: 181). Como representante del cooperativismo salvadoreño, viajó a Alemania, Francia, Israel, México, Puerto Rico y al resto de América Central. Desde 1990, ha estado en la junta de directores del Banco de Fomento Agropecuario del Estado y es integrante de la comisión de crédito de éste, puesto que recibió por un acuerdo entre las organizaciones campesinas y el

de los cuales pasaron años en el campo), se proponen cambiar la imagen del campesino como un rústico atávico por la de un pequeño productor con experiencia política, digno y eficiente.⁸ Acostumbrados a apropiarse los discursos sobre la democracia y la sociedad civil y adaptarlos, afirman plantear otro modelo de desarrollo, más justo. Han ido forjando cada vez más vínculos tanto con grupos no campesinos como con organizaciones de pequeños campesinos fuera de América Central.⁹ Asimismo, afirman su identidad campesina, cuestionando con gusto la “semiótica binaria de la identidad” de los grupos dominantes y de los científicos sociales (Nelson, 1996), que sostiene que un individuo no puede ser al mismo tiempo un campesino y alguien refinado o moderno (consúltese la conclusión de este trabajo).

LOS PRIMEROS CONTACTOS INTERNACIONALES

En América Central, región de países pequeños y fronteras permeables, la emigración y la participación en los movimientos sociales del extranjero no son una novedad para la población rural pobre (Acuña, 1993). Miles de nicaragüenses, por ejemplo, participaron en la huelga de Costa Rica de 1934 contra la United Fruit Company (Bourgeois, 1989: 203). En Honduras, veinte años después, cientos de trabajadores bananeros salvadoreños se unieron a sus colegas en una marcha multitudinaria contra la empresa Tela Railroad Company, de la United Fruit (González, 1978). El “transnacionalismo” —esa circulación a través de las fronteras de personas, tecnología,

que era entonces ministro de Agricultura. “Esto —afirma— ha sido como una carrera universitaria para mí.” Y, en efecto, durante nuestra conversación, Hernández, incorporándose en ocasiones para garabatear con un marcador en una pizarra blanca, me ofreció una conferencia completa sobre la política de redescuento y los “márgenes” de las tasas de interés, los impuestos al valor agregado, las carteras de crédito de los bancos y la política de privatización del Estado. Al salir, señaló hacia la sala en la que había equipo de computación y me preguntó: “¿Querés ver el volado?”. Los campesinos trabajando en computadora ya no eran una novedad para mí y no me interesaba ver otra demostración de algún programa nuevo de hoja de cálculo, procesadores de palabras o correo electrónico, pero por cortesía respondí afirmativamente: “Va, pues”. Tocó el ratón y apareció una pantalla llena de columnas de números que cambiaban constantemente. El módem denominado “Mejores inversiones” era parte de un equipo 486-66 compatible con IBM; tenía un cable conectado a una enorme antena parabólica que estaba en la azotea. Hernández lo había vinculado con el mercado del café de Nueva York y miraba los cambios de los precios de último momento así como las opciones futuras. Con el ratón comenzó a abrir ventanas con gráficas de las tendencias de los precios a siete, treinta y noventa días. “Ves —señaló con una sonrisa socarrona—, ya no nos pueden mentir acerca de los precios.”

⁸ Sin embargo, este objetivo a veces entra en conflicto con la necesidad de las organizaciones de hacer movilización política, ya que en cierta medida el campesino como persona rústica sigue siendo un símbolo crítico para captar la simpatía de los encargados de elaborar la política y del público (Edelman, 1991).

⁹ En 1994, por ejemplo, un grupo de cooperativas regionales, comunidades, trabajadores, ONG y redes de pequeños empresarios y campesinos, formó un grupo de presión llamado “Iniciativa Civil para la Integración Centroamericana” (ICIC). Fuera de la región, la Asocode tiene relaciones con la red internacional llamada “Vía Campesina”, que se reunió por vez primera en Mons, Bélgica, en 1993, con participación de 55 organizaciones de 36 países del continente americano, Europa, Asia y África (Freire, 1993; Vía Campesina, 1996).

dinero, imágenes e ideas que ha fascinado recientemente a los antropólogos (Appadurai, 1990; Kearney, 1995)— ha sido muy conocido entre los centroamericanos desde hace décadas, si no es que siglos.

Con todo, en los años setenta y ochenta se intensificó esta corriente transnacional. En 1978-1979, conforme adquiría fuerza la campaña sandinista contra la dictadura de Somoza, jóvenes de toda la región (y más allá) se sumaron a las filas guerrilleras y colaboraron desde la retaguardia hondureña y costarricense. Al triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), numerosos “internacionalistas” (muchos de ellos exiliados políticos) obtuvieron puestos en el gobierno, en el partido, en los medios de comunicación, así como en los institutos prosandinistas de investigación y en las organizaciones de masas. Al intensificarse los conflictos armados en 1980 en El Salvador y Guatemala (y renovarse en Nicaragua en 1981-1982), cientos de miles de refugiados —campesinos la mayoría— abandonaron sus hogares en busca de seguridad en el extranjero, a menudo en otras partes del istmo.

Estos desplazamientos de personas —a menudo espontáneos, por lo general prolongados y en ocasiones profundamente traumáticos— pusieron en contacto a activistas de distintos países. Algunos integrantes del Comité de Unidad Campesina de Guatemala (CUC), exiliados en Costa Rica, buscaron establecer relaciones con las organizaciones campesinas de dicho país. Cuando los refugiados nicaragüenses comenzaron a volcarse en Costa Rica por la frontera norte, los campesinos de este país que habían apoyado a los sandinistas comenzaron a dudar de las confiscaciones a veces arbitrarias de tierras que llevaba a cabo el gobierno revolucionario, así como de la violencia indiscriminada contra las comunidades sospechosas de albergar “contras” (entrevistas: Wilson Campos, Asocode, Costa Rica, 11/VI/1994 y Panamá, 16/VI/1994).¹⁰ Dirigentes de las cooperativas agrícolas de todo el istmo se daban cita en reuniones patrocinadas por la CCC-CA. Representantes de los sindicatos de los trabajadores rurales se encontraban durante las reuniones organizadas por la Coordinadora Centroamericana de Trabajadores (Cocentra), fundada después de los Acuerdos de Paz de Esquipulas de 1987. Muchos participantes de la CCC-CA y la Cocentra tenían vínculos con organizaciones que representaban a los campesinos que no formaban parte del sector cooperativista o sindicalizado (entrevistas: Carlos Hernández, CCJD, Costa Rica, 16/VI/1994; José Adán Rivera, ATC, Nicaragua, 29/VI/1994; Sinforiano Cáceres, Fenacoop, Nicaragua, 4/VII/1994).

El “internacionalismo” de Nicaragua, promovido por un partido y un Estado revolucionarios, promovieron la realización más frecuente de encuentros. En la América Central polarizada de los años ochenta, los movimientos revolucionarios y los activistas campesinos por igual consideraron que era crítico tener aliados en toda la región por motivos políticos e incluso para lograr sobrevivir. El principal centro de dichos contactos fue la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos de Nicaragua

¹⁰ En el Apéndice figura una lista de siglas. La fecha y lugar de las entrevistas citadas aparecen en la primera referencia del texto; las siguientes citas se refieren a esa entrevista, a menos que se indique otra fecha.

(UNAG). Fundada en 1981 por pequeños agricultores, miembros de cooperativas y medianos propietarios que consideraban que no tenían representación en la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), de afiliación sandinista, la UNAG —pese a su condición de “organización de masas”— mantenía en ocasiones una relación difícil con el FSLN.¹¹ Los dirigentes de las organizaciones izquierdistas de Costa Rica y Honduras pasaban por las oficinas de la UNAG y visitaban las cooperativas rurales y los proyectos de comercialización, pero estas visitas mantenían un carácter de “intercambio de experiencias”. Los dirigentes salvadoreños y guatemaltecos también acudían, pero en sus países a menudo vivían en la clandestinidad y tenían preocupaciones más apremiantes de las que ocuparse en lo referente a la conformación de sus sectores agrícolas después de la guerra.

Además de recibir visitantes extranjeros, la UNAG desempeñó una función central en el Programa Campesino a Campesino, consistente en la transferencia de tecnología mediante la capacitación a extensionistas campesinos en materia de prácticas de cultivo sostenibles (es decir, cubierta previa, cobertura seca y exclusión de las técnicas de labranza), y luego éstos impartían asesoría técnica en sus comunidades y alrededor de ellas. Dicho movimiento, organizado de manera poco rígida e iniciado por las ONG extranjeras en Guatemala a principios de los años ochenta, condujo más tarde al intercambio entre campesinos de América Central y México (Bunch, 1982; Holt-Giménez, 1996).¹²

Los mexicanos —recuerda Sinforiano Cáceres, miembro de la UNAG— nos ayudaron a sistematizar las experiencias. O sea, cómo hacer el abono orgánico. Nosotros ya sabíamos, pero lo perfeccionaron. Nos dieron la receta [...], qué cantidad de cada componente de ello, las barreras vivas, las barreras muertas, los diques, cómo innovar un arado de bueyes para ser tirado por mulas o por caballos. Y ahí conocimos a guatemaltecos, a ticos [costarricenses], panameños, a centroamericanos [...] Con los hondureños aprendimos acerca del frijol verde o el frijol “terciopelo” que lo llaman. Con los ticos aprendimos el sistema de rotación de cultivos. Y ellos lógicamente fueron aprendiendo de nosotros (entrevista, 4/VII/1994).

¹¹ Casi todos los dirigentes de la UNAG pertenecían al FSLN y algunos tenían cargos importantes. Con todo, como recordó el dirigente de la UNAG, Amílcar Navarro: “[...] en aquel tiempo [1981] ser dueño de un medio de producción era ser burgués. Creían que el movimiento campesino tenía los mismos intereses que los movimientos obreros, de los obreros agrícolas, los que son asalariados. No es así. Luchamos por diferentes reivindicaciones. Y entonces comenzaron las contradicciones fuertes. El Frente Sandinista apoyó mucho más al movimiento obrero, mucho más, que al movimiento campesino, porque eran obreros. Los que vinieron al frente del gobierno revolucionario eran intelectuales, estudiantes y obreros. Muy pocos eran campesinos. No entendían los intereses del campesino que quería hacer producir la tierra, tener una buena comercialización para sus productos, asistencia técnica para producir bien la tierra. Los obreros aquí luchaban por ejemplo para trabajar menos: en vez de trabajar diez horas, trabajar cinco horas. Y decían los campesinos ‘pero si yo le estoy pagando a éste’ —porque somos empleadores, ‘entonces no puedo apoyar las reivindicaciones de esos obreros que están diciendo que quieren trabajar menos’” (entrevista, Managua, 1/VII, 1994).

¹² La extensión del Programa Campesino a Campesino al resto de América Central fue el principal objetivo de las actividades de la Asocode desde 1996 (Asocode, 1997b: 10-11).

LA CONEXIÓN EUROPEA

Para entender cómo estos contactos todavía intermitentes dieron lugar a una asociación centroamericana de organizaciones campesinas, hace falta considerar brevemente la política europea. A principios de los años ochenta, los gobiernos europeos se alarmaron ante el intento del gobierno de Reagan de derrocar a los sandinistas en Nicaragua y dar marcha atrás a los movimientos revolucionarios de El Salvador y Guatemala. Esta preocupación —fundada en el temor de una guerra regional de mayores proporciones y en un análisis que destacaba como causas del conflicto la desigualdad y la injusticia más que el comunismo— dio pie a un amplio respaldo europeo al proceso de paz de Contadora, iniciado en 1983 por México, Colombia, Venezuela y Panamá (y luego a las actividades del presidente costarricense Óscar Arias, que culminaron en los Acuerdos de Paz de Esquipulas de 1987).¹³

En 1983-1984, en el marco de Contadora, los gobiernos europeos aportaron fondos al Sistema Económico Latinoamericano (Sela), órgano de consulta de los ministros de Economía, para formar un Comité de Apoyo al Desarrollo Económico y Social de América Central (CADESCA). Con sede en Panamá, el CADESCA se transformó en canal de las iniciativas orientadas a la paz que otros organismos regionales no podían manejar con facilidad y en opción al casi monopolio de los Estados Unidos en materia de ayuda para la región.¹⁴ Al principio, sus programas se dedicaron a las microempresas, la energía, el ambiente y a la integración económica regional; empero, como reconoció su director, el economista guatemalteco Eduardo Stein, “nuestras actividades técnicas tenían un propósito político, que consistía en proporcionar un sitio para el diálogo entre centroamericanos” (entrevista, Panamá, 22/VI/1994).¹⁵

En pocos años el CADESCA, a petición de los ministros de Agricultura y de Planificación centroamericanos, puso en marcha un proyecto de investigación de gran envergadura: el Programa de Seguridad Alimentaria (PSA). El interés de los ministros surgió de haber reconocido que la región —dependiente de las importaciones en más de una quinta parte de su consumo de granos (Arias, 1989: 67)— era vulnerable a la variación de los precios mundiales y a la amenaza de las políticas de libre mercado que desalentaban la producción de cereales. Fundado por la CEE, el PSA también reflejaba una crítica europea al libre comercio en los productos básicos agrícolas, uno de los puntos principales de la ronda Uruguay de las negociaciones

¹³ Las relaciones entre la Comunidad Europea y América Central se han institucionalizado en el Diálogo de San José. Todos los años se celebran reuniones de ministros, desde 1984 (véase Sanahuja, 1994).

¹⁴ El Cadesca se fundó como organismo de corta duración. En 1994 dejó de existir como entidad intergubernamental y fue sustituido por una fundación privada (Fundesca), financiada sobre todo por la CEE, gobiernos europeos y ONG de los países nórdicos del Viejo Continente que participaban en la Iniciativa de Copenhague para Centroamérica (Cifca). La Fundesca se instaló en las oficinas del Cadesca en Panamá y prosiguió sus proyectos vigentes.

¹⁵ En 1996, Stein fue designado canciller (ministro de Relaciones Exteriores) de Guatemala en el gobierno del presidente Álvaro Arzú.

del GATT (Santos, 1988: 642-644). Con la agricultura más protegida del mundo (salvo la de Japón), y con sectores campesinos que ejercían influencia política en los países clave, los europeos tendían a considerar la autosuficiencia en alimentos básicos como asunto de seguridad nacional y —para los agricultores franceses, españoles y otros— de supervivencia cultural. Es importante destacar que muchos atribuyeron el estancamiento de las negociaciones del GATT en parte a la presión popular, como la manifestación de cerca de 30 000 agricultores celebrada en Bruselas, entre ellos 100 de América del Norte, 200 de Japón y otros de Corea, África y América Latina (Brecher, 1993: 10; Kidder y McGinn, 1995: 18; Risse-Kappen, 1995: 12). Estas preocupaciones europeas contrastaban con los esfuerzos de los Estados Unidos en las conversaciones del GATT por lograr ingresar en el mercado de granos europeo (y en otros) y con la estrategia de ayuda de dicho país en América Central, que incluía grandes embarques de alimentos excedentes del PL-480 y la defensa activa del libre comercio y de una política de liberación de precios.¹⁶

Las actividades principales del PSA consistían en analizar la política macroeconómica y recopilar información sobre los sectores agrícolas de los distintos países. Aparte de organizar algunos seminarios nacionales con dirigentes campesinos, trabajaba en gran medida con funcionarios públicos. El PSA produjo una serie de estudios técnicos que demostraron la importancia de los pequeños productores de cereales para mantener la seguridad y la “soberanía alimentaria” (Arias, 1989; CADESCA, 1990; Calderón y San Sebastián, 1991; Dévé, 1989; Martínez, 1990; Torres y Alvarado, 1990), así como un modelo macroeconómico que —al contrario de la mayor parte de los modelos predominantes— se ocupaba sobre todo de medir las repercusiones de las medidas de ajuste en una amplia serie de grupos de ingresos y sectoriales (Arias, Jované y Ng, 1993).

Al perder impulso el PSA en 1990, el CADESCA puso en marcha el Programa de Formación en Seguridad Alimentaria (PFSA) con el propósito de poner los resultados obtenidos por el PSA al alcance de los funcionarios públicos, que así podrían formular mejor las directrices correspondientes, y de los dirigentes campesinos, para que

¹⁶ El programa PL-480, “Alimentos para la Paz (*Food for Peace*)”, creado en 1954, tenía como propósito ganar simpatías en el extranjero y reducir los excedentes agrícolas en los Estados Unidos. Proporciona créditos blandos para financiar las compras de cereales. Los países importadores no sólo se benefician del ahorro en la balanza de pagos, sino que también revenden los productos estadounidenses a precios del mercado a las agroindustrias del país, lo cual genera moneda local que entra a formar parte del presupuesto del gobierno. Los acuerdos del PL-480, sin embargo, especifican cuáles organismos y programas pueden recibir dicho apoyo al presupuesto; lo anterior establece en los hechos un nuevo tipo de condicionalidad externa como la del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Garst y Barry, 1990: 6-15). La CEE y los gobiernos europeos, por el contrario, no compartían la insistencia de los Estados Unidos en influir en la política macroeconómica. Casi toda la ayuda proveniente de los Estados Unidos se canalizaba a través de las organizaciones bilaterales, sobre todo de la USAID, que a menudo imponían condiciones políticas a los donativos o los utilizaban para complementar las estrategias militares de “conflicto de baja intensidad” (Cuenca, 1992; Saldomando, 1992; Sojo, 1992). Esto contrastaba con la práctica europea (y canadiense) de canalizar la mayor parte de la ayuda (por lo general denominada “cooperación”) a través de organizaciones privadas que apoyaban las actividades de fomento de pequeña escala de las organizaciones populares.

podieran participar en la discusión sobre la seguridad alimentaria.¹⁷ Este interés en capacitar a los dirigentes de las organizaciones populares reflejaba una posición respecto de la democratización compartida por el CADESCA, y los europeos insistieron en la participación de la sociedad civil en la elaboración de las políticas, planteamiento contrastante con el hincapié que hacían los Estados Unidos en las elecciones libres, las reformas jurídicas y las instituciones oficiales (Cohen y Arato, 1992). Bajo la dirección de Salvador Arias, economista formado en Europa y anterior ministro de Agricultura de El Salvador, el PFSA contrató consultores para dirigir los ejes críticos del Programa: el crédito, la comercialización, la reforma agraria, la tecnología y el entorno.¹⁸ La mayoría de los asesores no era de Panamá; asimismo, servía de vínculo con las organizaciones campesinas de sus respectivos países. Economistas y sociólogos por lo general, con considerable experiencia de campo, pasaron a ser figuras estratégicas para formular los objetivos del Programa y decidir a cuáles organizaciones invitar a los seminarios.¹⁹

Si bien los participantes campesinos en el PFSA difieren respecto de la utilidad de éste, coinciden en que los seminarios tuvieron efectos secundarios importantes, involuntarios por lo menos en cierta medida:

¹⁷ El PFSA, junto con el organismo francés de la misma clase que el CADESCA, el IRAM, también llevó a cabo una serie de estudios de campo de corto plazo en materia de crédito, precios y rentabilidad, cuyos resultados luego se comunicaron a las organizaciones de agricultores (y no sólo a las nacionales). Este aspecto del PFSA parece haber tenido relativamente pocas repercusiones, al menos en parte por razones que observé en julio de 1991, al acompañar a dos funcionarios franceses del IRAM en un viaje de una semana por el norte de Costa Rica. Uno de los expertos del IRAM, de mediana edad y especialista en crédito, no hablaba castellano. La otra, una mujer joven, lo hablaba con soltura y trató con considerable fervor de convencer a los grupos de integrantes de las cooperativas y a otros campesinos de que la era del crédito subsidiado a la producción se había terminado y que en adelante —les gustase o no— tendrían que incrementar espectacularmente la productividad y trabajar con préstamos con altas tasas de interés. Estas malas noticias —además del choque cultural que suponía que una joven mujer europea se dirigiera a un público nutrido— complicaron la comunicación del IRAM con las bases. Los dirigentes del PFSA, en conjunto con los representantes salvadoreños ante la Asocode, lograron echar después a la joven francesa, aunque muchos participantes en el programa la consideraran mucho más experta en la región y en las organizaciones campesinas (y mucho menos dogmática) que el joven que vino después de ella.

¹⁸ Arias obtuvo su licenciatura en Economía en la Universidad Centroamericana de San Salvador, institución de los jesuitas, en 1974. En 1975-1976 trabajó en el gobierno: “[...] cuando se quiso hacer un intento de reforma agraria en este país. Yo era viceministro, el ministro era militar. Y en el proceso de discusión y de caracterizar la reforma agraria nos confrontamos y el baboso perdió la batalla. Mi posición ganó y él se fue y yo quedé encargado del proceso. Duré cuatro o cinco meses. Empujamos la reforma pero después el gobierno se echó para atrás”. En 1977-1979 Arias estudió en la London School of Economics. Volvió a Centroamérica en 1979-1980, y trabajó brevemente como consultor para el gobierno sandinista. Luego pasó nueve años en México y después obtuvo el grado de doctor en Economía por la Universidad de París VIII, con una tesis en Biotecnología (Arias, 1990). En 1989 se mudó a Panamá para dirigir el PFSA (entrevista, Salvador Arias, El Salvador, 11/VIII/1995).

¹⁹ Los contactos iniciales del PFSA tendían a ser organizaciones de izquierda; pero conforme avanzó la unidad nacional, otras organizaciones de centro (y a veces conservadoras) también asistían a las reuniones. Uno de los dos representantes hondureños electos para el primer comité coordinador de la Asocode, por ejemplo, fue Víctor Cáliz, del conservador Consejo Nacional Campesino (Asocode, 1991b: 31; entrevista, Víctor Cáliz, CNC, Tegucigalpa, 28/VII/1994). La unión centrista de Costa Rica, Upanacional, también participó en la Asocode desde el principio.

El primer encuentro [recuerda Sinforiano Cáceres] permitió una relación de los dirigentes. Un encuentro para discutir problemas, que les permitió darse cuenta de que muchos eran comunes, de que eran más las cosas comunes que las particularidades que tenían. Y nos damos cuenta de que nos habían hecho creer que somos distintos, y no somos tan distintos. El corte de chaleco que nos ha hecho el ajuste estructural nos ha dejado a todos en las mismas condiciones independientemente del tamaño del país que tengamos.²⁰ Nos dimos cuenta de que teníamos la misma lógica de pensamiento, que tenemos las mismas necesidades, que nos joden de distintas maneras, pero que en el fondo son las mismas [...] El IRA en El Salvador, o Enabas de Nicaragua, el Consejo Nacional de Producción de Costa Rica [agencias estatales de comercialización de granos básicos] juegan todos el mismo papel: comida barata para el consumidor, precios bajos para nosotros [...] El proceso que en Honduras se llama “modernización del agro” es el mismo que el proyecto de desarticular los asentamientos campesinos de Panamá. Aunque esto es la reforma de un artículo [de la Constitución] y aquello es la aprobación de una ley [...] Y [en Nicaragua], por la vía del mercado se está haciendo un proceso de contra-reforma agraria (entrevista, 4/VII/1994).

Durante el primer seminario del PFSA celebrado en noviembre de 1990, diversos dirigentes de organizaciones exigieron, como condición para participar, que el Programa proporcionara más tiempo para que los grupos campesinos de los distintos países pudieran discutir problemas comunes. Esta demanda, así como el tono excesivamente académico de los documentos del Programa y de las presentaciones de los especialistas, a veces causaban “fricciones” y “malentendidos” entre los dirigentes campesinos y el CADESCA.²¹ Sin embargo, como señaló un sociólogo que asistió a este primer encuentro:

²⁰ “El corte de chaleco” es una expresión nicaragüense que aludía originalmente al método de ejecución de los prisioneros y traidores utilizado según se afirma por el ejército sandinista durante la guerra de 1927-1932 contra la ocupación de los Estados Unidos y luego de que los *marines* exhibieran las cabezas de los sandinistas capturados (véase Black, 1988: 44). Primero se cercenaba los brazos a los prisioneros con dos golpes de machete —“dos golpes dados seguiditos en lo que uno parpadea”, según una narración ligeramente inventada de un veterano sandinista (De la Selva, 1985: 122)— a continuación, el “chaleco” se complementaba cercenando velozmente las piernas y el cuello. Como se utiliza aquí, la frase sugiere que las políticas del libre mercado han mutilado a los productores campesinos.

²¹ Según Carlos Hernández, “muchos temas que salieron en el documento eran demasiado técnicos. Tal vez yo, que he leído algo, lo podía entender, pero para los otros compañeros era como si se les diera un documento en chino”. Muchos otros participantes en el PFSA repitieron estos comentarios. Conseguí una cantidad considerable de documentos del PFSA en 1991 de un activista muy elocuente del norte de Costa Rica, un lector voraz que casi había terminado el bachillerato. Mientras empacaba sus pertenencias antes de mudarse, alzó las manos y exclamó: “Si estos documentos te interesan, llévatelos. Yo casi seguro nunca los voy a leer”. Sin embargo, para el director del PFSA, Salvador Arias: “Fue una cosa consciente de nuestra parte. Porque hay una sobresimplificación a veces de los procesos de formación y de capacitación de los dirigentes campesinos. Se les reduce a un nivel casi de ABC. Entonces nosotros dijimos que no estábamos de acuerdo con eso, que no íbamos a funcionar así. Que se les íbamos [*sic*] a tirar las temáticas complicadas y se les íbamos [*sic*] a explicar, para que ellos subieran su nivel de formación; precisamente era un programa de formación. Algunos dieron resistencia, pero al final, si uno lo ve, fue positivo porque empezó a formarse una capacidad, un nuevo vocabulario, un nuevo uso de nuevas categorías sociales y económicas de análisis por las dirigencias campesinas. En un momento nos presionaron que les escribiéramos en un lenguaje las cosas, pero ‘no’, les dijimos, ‘no se lo vamos a hacer’. Y ahorita hemos pegado un salto [...] ‘Yo les puedo explicar la globalización de la forma más sencilla y ustedes me van a entender. Pero si ustedes no manejan la terminología que usan los políticos con que ustedes van a negociar,

Una vez la gente se reúne y se conoce por primera vez y se dan cuenta de que todos siempre han andado más o menos en lo mismo; y como siempre en estas cosas, la suma de las partes es más que el todo, la gente empezó a elaborar su propia agenda [...] La agenda de nosotros como programa más bien tenía otro ritmo, resultaba rígida la misma agenda nuestra frente a las expectativas y las necesidades de un movimiento que se estaba identificando a sí mismo. Entonces fue muy interesante. Hubo que replantear el programa varias veces y ajustarlo y ajustarlo tantas veces. La gente hizo del programa lo que entendía que le podía resolver, lo planteó, en qué temas, en qué cosas les interesaba profundizar. La virtud del programa fue precisamente esto, ese proceso. No fue fácil, porque siempre cuando vos estás en un programa de este tipo que vos lo manejas, vos sos el personal técnico contratado, vos entendés que las cosas sigan a cierto ritmo, pero no siempre coinciden con los ritmos de la gente. Entonces siempre hubo dificultades de este tipo pero prevaleció la visión de apostar; claro, a lo más importante: que era el proceso de la gente (entrevista, Rubén Pasos, Fundesca, Managua, 6/VII/1994).

Hacia el fin del segundo seminario del PFSA, en febrero de 1991, los representantes de las organizaciones campesinas habían formado una comisión provisional con la intención de formar una asociación centroamericana (Asocode, 1991b: 4). Este proceso se volvió apremiante debido a los planes de los presidentes centroamericanos de llevar a cabo una reunión cumbre a mediados de 1991, en la que se tomarían decisiones importantes en materia de comercio agrícola; el apoyo de los especialistas del PFSA y la perspectiva de que continuara el financiamiento europeo, a través del CADESCA y de otras organizaciones, también condicionó a todas luces el ritmo de la organización.

En abril, la comisión provisional envió una larga carta a los presidentes centroamericanos en la víspera de su reunión cumbre. Comenzaba con una condena al “modelo de política económica de ajuste estructural que, como ha sido reconocido por los mismos organismos financieros internacionales, agrede directamente los intereses de la mayoría de los pueblos”: Exhortaba a los presidentes a “promover la apertura del proceso de concertación política y económica en curso” y les recordaba

que ya hemos elaborado propuestas de desarrollo alternativas e integrales que creemos posibles de ejecutar, como los esquemas de desarrollo vertical de la producción [...] que] permitirá[n] romper un esquema histórico que nos ha situado, únicamente en la producción de la materia prima, sin poder acceder a los beneficios que depara la participación en la transformación agroindustrial.

Por último, la carta advertía:

aunque ustedes sepan no van a poder entenderlos porque no van a usar sus categorías. Tienen que usar las palabras de ellos. Ustedes están en un espacio político de negociación y no podemos pedirles a los ministros con que la negociación se va a hacer que sea al nivel de ustedes. Tienen que ser [sic] subir el nivel'. Y ahora uno fácilmente encuentra a dirigentes campesinos en Centroamérica que le hablan de macroeconomía, del plan de ajuste”.

[...] de no respetarse nuestros derechos, el proceso de paz, precariamente alcanzado, se nos escapará de las manos y, entonces, al profundizarse nuestra miseria y marginalidad, la confrontación social y la guerra continuarán frustrando los anhelos de nuestros pueblos de vivir en armonía, en un clima social estable y pacífico, con justicia y una democracia efectiva (Consejo Nacional, 1991).

Otro comunicado de la cumbre (Comisión Centroamericana, 1991) utilizó la novedosa estrategia retórica de apropiarse discursos de legitimidad indiscutible, como la condena de los obispos latinoamericanos pronunciada en Puebla (1979) contra las “estructuras económicas, sociales y políticas” que causan “inhumana pobreza”, el propio llamado de los mandatarios centroamericanos en Esquipulas para que haya “sociedades igualitarias y libres de miseria” así como las nociones de los economistas de la ONU de “un desarrollo integral real con auténtico rostro humano” (por ejemplo, Bustelo *et al.*, 1987). Los autores de esas declaraciones afirmaron que desde 1988, en que “venimos [...] estructurando un proceso formal de coordinación entre las principales organizaciones campesinas de la región”, habían manifestado actitudes “maduras y responsables”, frase que en el contexto centroamericano podía entenderse que significaba que evitaban la violencia guerrillera. Señalaron que en Costa Rica, Nicaragua y Honduras habían negociado con los ministros de Agricultura y los presidentes. Por último, señalaron que “las políticas de los organismos financieros internacionales, los propios gobiernos y sectores dominantes en los diferentes países y la propia cooperación internacional solidaria se están orientando a nivel centroamericano” y que las organizaciones campesinas ahora tenían que hacer lo mismo para influir en las políticas que les concernían (y, supuestamente, si querían tener acceso a los fondos de “cooperación”).

LAS NACIONES DE LA REGIÓN

La creación de una asociación campesina centroamericana nació de problemas comunes; no obstante, planteó cuestiones relacionadas con particularidades nacionales. Lo más importante, la situación política de los distintos países, variaba mucho, desde la apertura de Costa Rica hasta la represión constante en Guatemala. La estabilización económica y el ajuste estructural, iniciados en Costa Rica en 1983, apenas estaban comenzando en Honduras y El Salvador. Nicaragua y El Salvador estaban saliendo de sus respectivas guerras y Panamá, de la invasión de los Estados Unidos. Belice —de lengua inglesa en gran parte— se relacionaba más con el Caribe que con América Central. Honduras tenía el movimiento campesino más antiguo y numeroso, mientras que Panamá —con su Canal y su economía basada en los servicios— no tenía a un campesinado numeroso ni organizaciones campesinas fuertes.²²

²² El movimiento campesino hondureño, pese a sus grandes dimensiones y profundas raíces históricas, estaba muy dividido. En 1991-1992 las negociaciones de la “Ley de modernización y desarrollo del sector agrícola” exacerbó la división entre opositores y defensores del gobierno de Rafael Leonardo Callejas.

Los dirigentes campesinos tenían diversos antecedentes, grupos sociales, aspiraciones, lealtades políticas y niveles de refinamiento.

Desde el principio, los costarricenses y los nicaragüenses desempeñaron funciones clave, aunque por distintos motivos en cada caso. Los segundos tenían en la UNAG la organización mejor consolidada de la región; tenían vínculos con un partido revolucionario que, a principios de la década de los noventa, parecía tener posibilidades de volver al poder; y desde hacía tiempo habían tomado la iniciativa de reunirse con otras organizaciones del istmo. Algunos dirigentes nicaragüenses consideraban que la UNAG, debido a su tamaño y posición, debía dominar en cualquier asociación centroamericana.

El movimiento costarricense era menos numeroso y más heterogéneo; consistía en numerosas organizaciones del sector cooperativista —grandes pero decididamente apolíticas—, algunos grupos locales independientes, una pequeña unión centrista de productores (Upanacional) fundamentalmente de tierras altas, de café y hortalizas, y una coalición izquierdista llamada “Justicia y Desarrollo” (CCJYD) en la que había diversas organizaciones y cooperativas pequeñas. En 1991, Upanacional y Justicia y Desarrollo, antes alejadas entre sí, se unieron para formar una coordinadora (CNA) que llevara a cabo negociaciones conjuntas con el gobierno (Román, 1994: 79; Voz Campesina, 1995).²³ Las organizaciones costarricenses tenían más experiencia con los programas de ajuste estructural (PAE) y habían elaborado los mejores análisis acerca del tema. En particular, algunos dirigentes de Justicia y Desarrollo, que a mediados de los años ochenta habían tomado una posición beligerante contra el neoliberalismo de Costa Rica, se sentían en una situación privilegiada para anticipar lo que iba a ocurrirle a los campesinos de otros países donde apenas estaban comenzando a aplicarse los PAE.²⁴ En 1988, antes de que el PFSA tomara la iniciativa de organización regional, los costarricenses ya habían formado un comité integrado

En un esfuerzo por asegurar el respaldo campesino a esa medida, Callejas proporcionó considerables recursos públicos a los dirigentes campesinos conservadores y a los grupos de base de sus organizaciones, incluso empleos en el sector público, vehículos y promesas de titulación agraria y asistencia técnica. En consecuencia, se dividieron varias grandes organizaciones hondureñas, de las que una parte quedó en la coalición anticallejista Cococh, y la otra se unió a la procallejista UNC. En 1994, ambos sectores comenzaron a discutir las posibilidades de reunirse, en parte porque los grupos que habían apoyado la ley de modernización agrícola ahora trataban de enmendar las cláusulas que habían perjudicado a sus bases (entrevistas, Marcial Reyes Caballero, UNC, Tegucigalpa, 27/VII/1994, Rafael Alegría, Cococh, Tegucigalpa, 7/VII/1997, y Víctor Cáliz).

En Panamá, después de 1989 las organizaciones clave quedaron especialmente debilitadas. La Confederación Nacional de Asentamientos Campesinos (Conac) mantenía estrechos vínculos con el dirigente populista militar Omar Torrijos, y luego con el régimen de su sucesor, Manuel Antonio Noriega, derrocado por la invasión estadounidense. Tras la intervención, la Conac fue blanco de considerable represión (entrevista, Julio Bermúdez, Apemep, Panamá, 27/VI/1994; Leis, 1994: 104-105).

²³ Dos años más tarde, se cambió el nombre de este organismo de coordinación, que había incorporado distintas organizaciones más, para llamarse Mesa Nacional Campesina (MNC). El CCJYD se disolvió en 1995 a consecuencia de disputas entre facciones y alegatos de mal manejo financiero.

²⁴ “En el caso de Honduras fue muy tajante —recuerda Carlos Hernández, dirigente de Justicia y Desarrollo—. Eso del ajuste estructural las organizaciones campesinas no se lo esperaban. Cuando nosotros le hablábamos a ellos del impacto del ajuste en Costa Rica y lo que iban a significar las medidas neoliberales

por tres personas y de corta duración, con el propósito de buscar financiamiento en la CEE para una reunión de agricultores de El Salvador, Nicaragua y Honduras (Hernández Cascante, 1992: 1). Con todo, pese a su interés en una organización regional, la misma complejidad de sus análisis significaba que no estaban del todo listos para superar el estereotipo negativo que otros centroamericanos tenían de los costarricenses.²⁵

No todos los participantes de la naciente asociación centroamericana rechazaban las relaciones con los partidos políticos. Los costarricenses —años atrás— habían roto relaciones con la izquierda organizada (Edelman, 1991), y la UNAG de Nicaragua —tras la derrota electoral de los sandinistas en 1990— había declarado su autonomía respecto del FSLN. Las organizaciones hondureñas, en su mayor parte, no mantenían relaciones “orgánicas” con los partidos (aunque constantemente hacían tratos y formaban alianzas coyunturales con ellos). En El Salvador, no obstante, los grupos campesinos de izquierda, derecha y centro mantenían estrechos vínculos con los partidos. Estas relaciones eran un legado de la guerra civil de 1980-1981, cuando todos los partidos que integraban la coalición guerrillera del FMLN, así como los partidos de derecha y de centro, patrocinaban organizaciones y uniones campesinas

a [sic] Centroamérica ellos pensaban que era imposible, que jamás iba a tocar la reforma agraria en Honduras. Muchas veces eso fue una posición muy clara de los dirigentes campesinos hondureños que veía uno en los seminarios. Ellos decían que la reforma agraria era ya una conquista, que eso eran leyes, que nosotros estábamos locos.”

Entre 1962 y 1990, el Estado hondureño distribuyó más de 376 000 hectáreas de tierras entre unas 66 000 familias (Sierra y Ramírez, 1994: 59). En marzo de 1990, el gobierno anunció un plan de ajuste estructural. Dos años después se proclamó la Ley de Modernización Agrícola, que permitió la titulación y venta privada de tierras de la reforma agraria (Honduras, Poder Legislativo, 1992). En 1992 solamente, primer año de dicha ley, los datos oficiales indican que cerca de 17% de los beneficiarios de la reforma había abandonado o vendido sus tierras (Thorpe *et al.* 1995: 113). Posteriormente, muchas más personas vendieron sus posesiones a los grandes inversionistas (Posas, 1996: 141-147).

²⁵ Como ciudadanos del único Estado desmilitarizado, democrático y de bienestar social de la región, los costarricenses han disfrutado desde hace mucho tiempo de niveles de instrucción, sanidad y bienestar muy por encima de los de los otros centroamericanos. No es raro que se consideren más “avanzados” que sus vecinos “menos cultos” y “violentos”; a su vez, los demás centroamericanos a menudo consideran a los costarricenses como *smobs*, *progringos* y *pacifistas* al punto de la cobardía. Aunque los líderes campesinos costarricenses habían hecho lo posible por superar estos prejuicios, el hecho de que contaran con más instrucción y una considerable familiaridad con la cultura urbana complicaba las relaciones con los representantes de otros países. Un economista que participó en los primeros seminarios del PFSA recuerda que: “[...] los costarricenses tenían mucha facilidad de palabra [y] podían hablar de los distintos temas. A menudo eran los que más hablaban en las reuniones. Nunca lograron superar el rechazo de los demás. Su facilidad de palabra los ayudó poco: se les consideraba afeminados por ello. No hablaban como campesinos”.

Un científico social panameño tenía recuerdos parecidos del PFSA, pero señaló que la mayor experiencia de los costarricenses con la toma democrática de decisiones repercutió positivamente en la asociación campesina regional naciente. “Esa antipatía hacia los ticos siempre es una mezcla; lleva un poquito de envidia también: ‘Costa Rica es un país pequeñoburgués aburrido donde no pasa nada; los ticos todos son maricones’. Hasta cierto punto hay un poco de envidia porque saben que ahí hay un sistema social que no existe en los demás países, que existe todavía una cierta paz social que no existe en los demás países [...] Esa capacidad de negociar y lograr compromisos que es parte de la cultura política costarricense, uno de sus aspectos positivos, ha fortalecido el proceso de Asocode. Los ha llevado a entender que el consenso puede ser uno de los resultados de discusiones duras.”

paralelas. Los participantes salvadoreños del PFSA y de las reuniones regionales posteriores afirmaron que ellos separaban las lealtades gremiales y las partidarias, pero — contradictoriamente— estaban orgullosos de sus respectivas afiliaciones partidistas.²⁶ Esta aparente incongruencia suscitó acusaciones de “verticalismo” de los representantes de otros países, que no estaban de acuerdo con la disciplina partidaria de corte leninista y el estilo de trabajo “sectario” (Biekart y Jelsma, 1994: 10; Hernández, 1992: 3; 1994: 252).

Belice y Guatemala no participaron en el PFSA y su presencia en la nueva asociación campesina fue secundaria. Belice, cultural, lingüística y políticamente identificado con el Caribe de lengua inglesa, era poco conocido entre los organizadores del PFSA y tenía unas cuantas organizaciones de agricultores; el gobierno de Belice se interesaba relativamente poco en la integración centroamericana, porque ya formaba parte de la Comunidad del Caribe (Caricom).²⁷ Guatemala se mantuvo al margen por diversos motivos. Su organización más grande, el CUC, tenía vínculos con la izquierda armada y seguía operando parcialmente en la clandestinidad. Tanto el CUC como las muchas organizaciones más pequeñas y menos militantes, a menudo eran blanco de una represión brutal. Sus dirigentes le otorgaban gran prioridad a sobrevivir físicamente en Guatemala antes que a establecer vínculos muy patentes con sus colegas de los países vecinos.²⁸ También afirmaban que la orientación de la asociación naciente en favor de los pequeños productores y cooperativistas era poco

El mayor nivel de instrucción de los dirigentes costarricenses había impresionado antes a los especialistas del PSA. En su primera reunión de 1988 “[...] los técnicos nacionales que apoyaban el PSA-CR se extrañaron de los planteamientos campesinos. No era común oír propuestas campesinas, y les era aún más singular reconocer que esas propuestas oponían un pensamiento amplio y alternativo a lo que para entonces negociaban el equipo económico del gobierno y las misiones del Banco Mundial y FMI” (Hernández Cascante, 1992: 1-2).

²⁶ Las divisiones que hubo en 1994-1995 en el FMLN parecen haber repercutido poco en el afiliado salvadoreño de la Asocode, la ADC. Siguen participando en ella activistas del ERP (que se salió del FMLN) y el FPL (que permaneció en el FMLN).

²⁷ También ahí eran más profundas las divisiones étnicas. Gran parte de la agricultura comercial estaba en manos de los menonitas, que a menudo no gozaban de la simpatía de los afrobeliceños de lengua inglesa (a menudo urbanos) ni de los kekchi mayas que hablan español. Estos grupos también se sentían presionados por los refugiados guatemaltecos y salvadoreños que habían entrado en Belice en los años ochenta y competían por la tierra y los servicios del Estado. La Asocode finalmente atrajo a participantes beliceños tras haber mandado emisarios para identificar a los dirigentes y las organizaciones de cooperativas (entrevista, Julián Ávila, BFAC, Panamá, 23/VI/1994). Los representantes beliceños procedían exclusivamente de la población de lengua castellana, que incluía a los mayas. Con todo, a menudo se sentían menos a gusto hablando en castellano que en inglés y, sobre todo al principio, les costaba trabajo entender las discusiones técnicas y políticas de los demás centroamericanos (entrevista, Rodolfo Tzib, CCC-B, Panamá, 24/VI/1994; Candanedo y Madrigal, 1994: 36, 104; Hernández, 1995).

²⁸ Entrevistas con dirigentes campesinos guatemaltecos, Panamá, junio de 1994, y Nueva York, diciembre de 1994. Todos los guatemaltecos entrevistados para este proyecto antes de la firma del acuerdo de paz de 1996 solicitaron permanecer anónimos. En una reunión de la comisión coordinadora de la Asocode a la que asistí como observador en junio de 1994, uno de los representantes guatemaltecos se puso iracundo porque su nombre aparecía en un borrador de un boletín de la asociación. En caso de publicarse, podría causarle graves problemas en su país, afirmó.

pertinente para Guatemala, donde el enorme proletariado rural tenía pocas tierras o no las tenía, y la única reforma agraria había sido abortada con el golpe de 1954, respaldado por la CIA contra el presidente Jacobo Arbenz.

LA ORGANIZACIÓN DE LA ASOCODE

En Tegucigalpa, en julio de 1991, la Primera Conferencia Regional Campesina, con delegados de todo el istmo, acordó fundar la Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo (Asocode). La Conferencia aprobó una declaración de principios para presentar a los ministros de agricultura de la región y ante la décima reunión cumbre de mandatarios centroamericanos, que se celebró después, en ese mismo mes, en San Salvador. Esta declaración —la “estrategia productiva” de la Asocode (1991a)— afirmaba que los pequeños productores hacen un uso racional e intensivo de los recursos escasos, pero que no obstante estaban “amenazados de extinción”. Condenaba a los PAE, los sistemas de tenencia agraria sesgados, la revocación de las reformas agrarias, así como el proteccionismo “hipócrita” de los países que proporcionaban “ayuda” alimentaria que debilitaba a los productores de cereales. Por último, el documento solicitaba una política fiscal, de crédito y de precios preferencial para los pequeños productores; la participación de las organizaciones campesinas en los organismos encargados de elaborar las políticas del sector agrícola y en los bancos de desarrollo del Estado; que se ofreciera a las organizaciones campesinas la primera opción de compra de las agroindustrias del sector público que se estaban privatizando; que hubiera libre comercio de granos en la región, pero con protección contra los productores muy subsidiados de fuera de la región; y que mejorara la capacidad del Estado de evaluar y controlar las tecnologías importadas, en especial la biotecnología.²⁹

La cumbre produjo un Plan de Acción para la Agricultura Centroamericana (PAC) que instruyó a los ministros de agricultura para que se produjera información sobre la población de productores, los costos de producción, la producción y la productividad de todos los cultivos importantes. El PAC comprendía medidas para liberar el comercio intrarregional; lo que es más importante, una reducción de la participación estatal en la comercialización de los productos agrícolas y un sistema de “bandas de

²⁹ Esta mención de la biotecnología es uno de los numerosos elementos que indican que Salvador Arias desempeñó un papel importante en la redacción de la “estrategia productiva” de la Asocode en 1991. Arias hizo su tesis doctoral sobre los peligros posibles de la biotecnología para América Central (Arias, 1990). En más de 50 entrevistas de fondo con activistas campesinos centroamericanos realizadas en 1994-1995 y 1997, pocas veces se tocó el tema de la biotecnología, lo que indica que no era de interés principal para los campesinos.

precios” regionales uniforme para los granos básicos (Presidentes Centroamericanos, 1991).³⁰ Para sorpresa de muchos, la declaración final de la cumbre resolvió

[...] recibir con especial interés los planteamientos de la Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo —Asocode—, e instruir a las instancias correspondientes a efecto de que se proceda a su pronta consideración y análisis; a fin de buscar una respuesta adecuada a la problemática considerada en los mismos (en Asocode, 1991b: 23).

Este gesto fue, desde luego, retórico en gran parte, pero representaba un grado de reconocimiento que pocos campesinos esperaban.

En diciembre de 1991, las organizaciones campesinas de toda América Central acudieron a Managua al congreso fundador de la Asocode, acontecimiento en el cual se conjugaron resoluciones, discursos y asuntos de la Asociación con una “rica y vivaz corriente de sentimiento, denuncia y síntesis de los cantantes, poetas y músicos” de las diferentes delegaciones (Asocode, 1992).³¹ El congreso formalizó una comisión coordinadora de dos delegados de cada coalición nacional.³² También se nombró a un coordinador general, Wilson Campos, carismático costarricense de 32 años de edad que desde 1988 había desempeñado una función central en la organización de las

³⁰ Las “bandas” fijaban los precios máximos y mínimos de los granos básicos y los aranceles comunes de las importaciones de fuera de la región muy por debajo de los niveles ya establecidos en las negociaciones del GATT (Ministros de Agricultura, 1993; Segovia, 1993; Solórzano, 1994). Los dirigentes campesinos que habían asistido a los seminarios del PFSA participaron en las reuniones regionales de los ministros de Agricultura que condujeron al acuerdo básico de libre comercio de cereales. Estas discusiones celebradas en 1991 fueron tan acaloradas que los ministros y los representantes del Banco Mundial “pidieron la cabeza” del director del PFSA, Arias. Éste recuerda que: “[...] los campesinos realmente tenían dos o tres años de estarse preparando, de estar recibiendo preparación sobre esto y conociendo sus problemas. Y se habían pegado una confrontación con los ministros y los anularon, pues [...] Entonces, la acción de los ministerios de Agricultura fue de decir que nosotros éramos un punto totalmente negativo pues. Lo que habíamos hecho era confrontarlos, encerrarlos, o sea quejándose de los campesinos. No pudieron con los campesinos, no pudieron. La capacidad política de los campesinos era tal que ya no los pudieron engañar con los discursos. Les desarmaron todas las cosas que ellos iban a decir”.

Bajo la presión de los airados ministros, el director de CADESCA tuvo que instar a los líderes campesinos a ser más diplomáticos en las futuras negociaciones (entrevista, Eduardo Stein). Pese a que varios ministros de otros países comenzaron a ejercer presión para que Arias fuera retirado del PFSA, los representantes de México, Colombia, Venezuela y Panamá que estaban en la Junta directiva del CADESCA —así como la influencia proveniente de la CEE— neutralizaron sus esfuerzos en ese sentido.

³¹ En Asocode, 1991b, figura la lista de participantes en el Congreso, grupos y personas. También asistieron observadores del CCC-CA, pequeñas organizaciones de agricultores de México y Cuba, y la Federación Internacional de Productores Agrícolas (FIPA), coordinadora de organizaciones de 55 países, con sede en Francia; diplomáticos, organismos de desarrollo, la Iglesia católica, así como los gobiernos de Nicaragua, Honduras y los funcionarios del CADESCA.

³² Las coaliciones nacionales que participaron fueron: Apemep (Panamá), CNA (Costa Rica), UNAG (Nicaragua), ADC (El Salvador), Coccoch (Honduras) y BFAC y CCC-B (Belice). Las organizaciones beliceñas constituyeron una coalición formal (BAPI) para participar en la Asocode apenas en 1996, años después de que lo hicieran los demás países. Una serie de organizaciones guatemaltecas —incluso el CUC— asistió al congreso, pero solicitaron participar como observadores ya que todavía no habían fundado una coalición nacional para participar en la Asocode. La Conampro, coalición que representó a Guatemala en la Asocode,

reuniones regionales.³³ En gran medida por insistencia de los nicaragüenses, el congreso decidió que si el coordinador había de ser de Costa Rica, la sede de la Asociación tendría que estar en otro país. En el esfuerzo por equilibrar las tensiones entre los costarricenses y los nicaragüenses, se eligió un funcionario de la UNAG como vicecoordinador y se escogió a Nicaragua como sede de la Asocode.

La nueva asociación no se consideraba una burocracia supranacional, sino una “mesa de encuentro” para las coaliciones nacionales, donde las decisiones habrían de tomarse por consenso, y como un grupo de presión que defendería los intereses campesinos en los foros internacionales, regionales centroamericanos y nacionales.³⁴ El congreso especificó que dichos intereses incluían:

1) Impulsar un real proceso de transformación agraria [...] con estrategias y programas que garanticen, al pequeño y mediano productor, el acceso a la tenencia de la tierra, al crédito y asistencia técnica, así como a la industrialización y comercialización de su producción [...]; 2) garantizar el respeto a las raíces culturales del sector de pequeños y medianos productores, de modo que el desarrollo integral de las sociedades centroamericanas sea plenamente compatible con su idiosincrasia y modo de vida [...]; 3) lograr el pleno reconocimiento y participación en las decisiones políticas y económicas; a nivel gubernamental, privado y de la opinión pública, en los ámbitos nacional, regional e internacional [...]; 4) en la búsqueda de la paz verdadera de la región centroamericana, trabajar y velar por el verdadero respeto a los derechos de los pequeños y medianos productores, evitando la violación de sus más elementales derechos humanos; [y] 5) promover acciones que conlleven el mejoramiento de la conservación del sistema ecológico en el área centroamericana (1991b: 25).

se fundó poco después del congreso, pero las disputas entre facciones y el retiro de sus organizaciones más numerosas, el CUC y la Conic, la perjudicaron (entrevistas con dos dirigentes de la Conampro, Panamá, VI/1994). El CUC y la Conic se retiraron debido a la falta de acuerdo respecto del apoyo de las ONG a la Conampro y a la gran prioridad que la Asocode daba a lo agrícola más que a lo político y a los derechos humanos (Candanedo y Madrigal, 1994: 41). Es importante destacar que los dirigentes del Cadesca aparentemente se opusieron a la participación del CUC porque la identificación de éste con la izquierda armada causaría problemas con el gobierno guatemalteco (entrevista, Carlos Hernández). El CUC y la Conic fundaron una Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas (CNOC) que al principio competía con la Conampro. En 1997, sin embargo, la Conampro, el CUC y la Conic participaban juntos en la CNOC. Incluso los defensores de la Conampro reconocían que la CNOC, por su afiliación más numerosa, podía sustituir a la Conampro como afiliada guatemalteca de la Asocode (entrevista, Miguel Ángel Lemus, Conampro-ICIC, Guatemala, 11/VIII/1997).

³³ Campos procedía de una comunidad rural cercana a Heredia, ciudad del centro de Costa Rica. En una entrevista de 1990, relató que su padre “lo había elegido” entre sus ocho hijos para que fuera a la universidad. Hizo dos años de estudios en la Universidad de Costa Rica, abandonó la escuela para aceptar un puesto en el Ministerio de Salud, en una remota zona del norte y, a principios de la década de los ochenta, encabezó la formación de la Unión Campesina de Guatuso (Ucadegua), integrante de la coalición Justicia y Desarrollo (entrevista, San José, 1/VIII/1990). En 1996, Sinforiano Cáceres, dirigente nicaragüense de la UNAG, sucedió a Campos como coordinador general de la Asocode.

³⁴ Los estatutos de la Asocode especificaban que las decisiones de la comisión coordinadora debían tomarse por consenso, y no por mayoría de votos (1991b: 30). Los integrantes describen esta práctica con una mezcla de orgullo y aun de asombro ante su capacidad de diálogo, y frustración por el acaloramiento de las discusiones que a veces no llegaban a ninguna conclusión.

Los delegados también dirigieron dos resoluciones a los gobiernos nacionales. A Guatemala le pidieron la liberación del dirigente campesino Diego Domingo Martín, secuestrado por un comando civil en Ixcumen, Huehuetenango; e instaban al gobierno de Nicaragua a “proceder a legalizar de inmediato todas las tierras, en manos de campesinos, otorgando los títulos de propiedad para que todos los sectores con este problema puedan tener acceso a los créditos e integrarse adecuadamente al proceso productivo”. También pidieron “la indemnización y permutación a aquellos miembros de la Ex Resistencia Nacional [contras] que fueron confiscados” (1991b: 7-9).

OTROS SENTIDOS Y FINANCIAMIENTO DE SUS EMISORES

¿Cómo podía financiarse este complejo programa? En 1992-1993 tres delegaciones recorrieron Europa; el tercer grupo, y el más numeroso, cuyo viaje coordinó el Transnational Institute, con sede en Amsterdam, tuvo una recepción que superó toda expectativa. Representantes de los gobiernos de Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Alemania, Bélgica y Francia, así como altos funcionarios de la CEE y del Parlamento Europeo, se reunieron con los emisarios de la Asocode, a menudo “por más tiempo del que protocolariamente se le confiere a este tipo de entrevistas”. Un informe interno de la organización señaló que los representantes de los gobiernos

[...] escucharon con curiosidad, y a veces con sorpresa, el nivel de nuestro planteamiento en cuanto al conocimiento de los problemas políticos, económicos y sociales de la región y de los problemas globales sobre la economía y sobre la agricultura. En resumen, el saldo es altamente favorable a Asocode.

El viaje también sirvió para reforzar las relaciones con las ONG, fundaciones, grupos universitarios, medios de comunicación, campañas en pro de un comercio justo y organizaciones de agricultores (que, según declara el informe abiertamente, “nos ayudó a tomar conciencia del atraso que nosotros tenemos”) (Asocode, 1993c; entrevistas, Inés Fuentes, Cooch, Panamá, 24/VI/1994, y Tegucigalpa, 28/VII/1994).³⁵

¿Qué éxito tuvieron los viajes europeos de la Asocode y las actividades relacionadas para conseguir apoyo material? A finales de 1992, la Asociación inauguró su sede en Managua, una amplia casa de un barrio de clase media alta, a una manzana de la residencia de la presidenta Violeta Barrios de Chamorro (y a la vuelta de la UNAG).

³⁵ Las campañas en defensa de un comercio justo tratan de proporcionar mercados exclusivos (por ejemplo, para el café cultivado orgánicamente o de calidad *gourmet*), o comprar la producción de pequeños productores, cooperativas o de organizaciones campesinas democráticas a sobreprecio, a precios “justos”. Uno de los éxitos más notables es el de la Fundación Max Havelaar de los Países Bajos, que importa café de grupos de pequeños productores de más de una docena de países; el café Havelaar se sirve en 11 de cada 12 oficinas públicas holandesas, y en el 40% de las oficinas municipales, así como en el Parlamento Nacional; también se puede comprar en casi todos los supermercados holandeses, belgas y suizos, así como en el resto de Europa (véase Stichting Max Havelaar, 1992).

Físicamente, la oficina parece la de cualquier ONG centroamericana grande, con computadoras y copiadoras, oficinas para el personal profesional, secretarías, un guardia, una empleada de limpieza y un conductor con su *jeep*. En 1993, el presupuesto anual de la organización era de más de 300 000 dólares. Un subsidio mensual de 1 000 dólares se destinaba a cada una de las siete coaliciones nacionales (Asocode, 1993a: 18); en 1995, esta subvención había aumentado a entre cuatro y cinco mil dólares mensuales para cada coalición (entrevista, Wilver Zavala, Asocode, Managua, 10/VIII/1995).³⁶ El salario del coordinador general en 1993 era de 13 200 dólares (sin decimotercer mes de aguinaldo), atractivo ingreso para un profesional de nivel medio en América Central (Asocode, 1993a: 18).

Estos recursos permitieron a la Asocode patrocinar frecuentes seminarios con dirigentes campesinos en materia de crédito, oportunidades de comercialización, tecnología agrícola y agroforestal, conocimientos administrativos y de cabildeo, así como otras necesidades. La Asociación además produjo una corriente constante de propuestas y declaraciones de principios; asimismo mantuvo una presencia constante en las reuniones intergubernamentales. En Panamá, en 1992, tras una intensa actividad política de la Asocode, la XIII Cumbre de Jefes de Estado Centroamericanos presentó el Compromiso Agrícola de Panamá (CAP), una serie de directrices para la política regional. Si bien el CAP invocaba la eliminación de los obstáculos que quedaban para el libre comercio, también estaba siempre presente la preocupación por la seguridad alimentaria, lo cual indicaba que la política campesina había producido cierto efecto. Entre otras cosas, los mandatarios pedían protección para los pequeños productores de granos de “las fluctuaciones y distorsiones existentes en los mercados internacionales”; la creación de un fondo regional para mejorar el acceso de los pequeños propietarios a la tecnología, el crédito y los servicios de elaboración de los productos; así como la incorporación de “representantes de los sectores agropecuarios tanto público como privado, en la definición de las posiciones nacionales y en los equipos de negociaciones comerciales internacionales en que se involucren los países de la región” (Presidentes Centroamericanos, 1992). Si bien estaba claro que no se cumplirían muchas de estas promesas, el CAP constituyó no obstante un importante punto de referencia para las negociaciones futuras.

Pese a las concesiones hechas al CAP, a algunos presidentes no les gustaba nada que hubiera campesinos ejerciendo presiones en sus reuniones regionales. En especial desde el enfrentamiento de 1991 entre dirigentes campesinos y ministros del Estado por la política de la “banda de precios” de los cereales (véase la nota 30), los gobiernos más conservadores habían visto el primer PFSA y luego a la Asocode con consternación. El gobierno de Callejas en Honduras tomó con bastante seriedad la amenaza que percibían y llevó dirigentes campesinos de derecha a la cumbre de

³⁶ Los estatutos de la Asocode prevén la posibilidad de que las coaliciones integrantes paguen cuotas a la Asocode (1991b: 26) y el congreso de 1993 aprobó en principio el pago de cuotas de cada grupo nacional (Candanedo y Madrigal, 1994: 162). Sin embargo, el ingreso de recursos ha sido exclusivamente en la otra dirección: de la Asocode a los grupos nacionales.

Panamá para utilizar después una típica táctica hondureña con el objeto de dividir a los movimientos populares: crear una organización “paralela”.³⁷ A principios de 1993, los grupos campesinos procallejistas convocaron a una reunión para formar la Confederación Campesina del Istmo Centroamericano (Cocica), cuyo propósito era “promover formas de organización que fomenten la armonía entre los actores que participan en el desarrollo agrícola y participar en el proceso de integración regional y extrarregional” (Cocica, 1993a: 3). El dirigente de la Cocica Nahún Cáliz lo expresó más claramente: los campesinos, declaró formulando uno de los objetivos de la recientemente aprobada Ley de modernización agrícola: “deben romper el temor de asociarse con capitales extranjeros” (*El Heraldo*, 1993).

Aunque la Cocica atrajo a una media docena de grupos guatemaltecos, salvadoreños y costarricenses a su asamblea fundadora (así como a observadores de la UNAG de Nicaragua), la organización carecía de los recursos humanos y materiales para competir efectivamente con la Asocode. Sus relaciones con Callejas, a quien la mayoría consideraba muy anticampesino, la condenaron a ser tan sólo una más de las organizaciones “de papel” o “casarón” que periódicamente surgen en América Central, y que pretenden representar a algún sector de la sociedad civil.³⁸

La Asocode pronto logró conquistar el reconocimiento regional e internacional, aunque esto a veces produjera tensiones con las coaliciones nacionales participantes. En diciembre de 1993, por ejemplo, la Asociación celebró su segundo congreso en Guatemala e invitó al presidente Ramiro de León Carpio para que asistiera. Fue un intento calculado de protección para los representantes de la Conampro, afiliada a la Asocode en Guatemala, y los de la Asocode que asistían a la reunión, quienes en otras ocasiones habían sido objeto de acoso en el aeropuerto.³⁹ Los representantes de la Conampro querían aprovechar la presencia de León para plantear asuntos apremiantes referentes a las “masacres [...], el reclutamiento forzoso y la persecu-

³⁷ La creación de una organización “paralela” supone habitualmente una farsa electoral para nombrar una nueva junta directiva. Alguna entidad del Estado o los tribunales atribuyen a continuación la “personería jurídica” de la organización (a la vez que proporcionan oficinas, cuentas bancarias y otros recursos) a alguna facción escogida, sin importar si representa o no a sus afiliados (Arita, 1994; Lombrana, 1989; Menjivar, Li Kam y Portuguez, 1985; Posas, 1985; Thorpe *et al.*, 1995: 131-143). Callejas puede haber estado particularmente irritado con la Asocode, porque promovió su aparición en una reunión cumbre —celebrada en San Salvador a mediados de 1991— a consecuencia de concesiones realizadas a la Cococh, su afiliada hondureña (entrevista, Salvador Arias). Fuentes bien informadas indican que en el esfuerzo de Callejas por formar una organización “paralela” a la Asocode también participó el gobierno de Cristiani de El Salvador.

³⁸ La agonía de la Cocica era evidente en las entrevistas de 1994 a los dirigentes campesinos procallejistas Víctor Cáliz y Marcial Reyes Caballero, realizadas con un día de diferencia. Ambos me dijeron que el otro era el presidente en funciones de la Cocica. Es obvio que se trata de lo que Tilly (1984: 311) alguna vez atinadamente denominó “organizaciones ficticias”.

³⁹ También en Honduras y El Salvador eran objeto de las mismas molestias. Los dirigentes de la Asocode querían poder decir a la policía y a los funcionarios de emigración guatemaltecos que los amenazaban no sólo que se habían reunido personalmente con el presidente, sino que éste había aprobado su organización. De manera similar, las relaciones con la Asocode (y los vínculos de esta asociación con los gobiernos europeos) constituían una forma importante de protección para los grupos nacionales en los países donde seguía siendo común la represión contra el movimiento campesino.

ción de nuestros líderes” (entrevista, Panamá, VI/1994). Pero los dirigentes de la Asocode, preocupados por no ofender al presidente, presionaron para excluir toda referencia semejante de la declaración de la Conampro ante el congreso. La versión última del discurso del coordinador de la Conampro sólo aludía vagamente a la guerra y a la represión, así como al “final de esta larga y oscura noche [que] no parece estar cerca” (Asocode, 1993d: 7).

Para la Asocode, la estrategia de hacer política con los ministros y presidentes tenía importantes ventajas: 1) protegía de la represión a las organizaciones nacionales; 2) constituía una fuente de información sobre cambios inminentes de política; 3) demostraba a las organizaciones y donadores internacionales que el movimiento campesino no siempre era de oposición y que era capaz de presentar otras propuestas para el desarrollo y de negociar con los responsables de la política; 4) contribuía a la democratización en la medida en que los campesinos y otros sectores de la sociedad civil obtenían el derecho de expresar sus demandas (y el acceso a los foros) e insistir en el cumplimiento de los compromisos del gobierno; 5) establecía una presencia de los movimientos populares en los nuevos organismos supranacionales que dirigen cada vez más el proceso de integración centroamericana; 6) ampliaban la discusión de temas como las políticas comercial y fiscal, la producción verticalmente integrada, la disponibilidad de créditos y la reforma agraria; y 7) en muchos países ayudaba a satisfacer la demanda de las organizaciones nacionales de participar en los organismos de decisión política, como los bancos agrarios del sector público y las comisiones bipartitas del sector agrícola, formadas por representantes de los ministerios y de las organizaciones campesinas.

El éxito del cabildeo y de las negociaciones dependía en buena parte de la capacidad cada vez mayor que tenían los campesinos de apropiarse y darle nueva forma al discurso oficial, y no sólo a las vagas aunque frecuentes llamadas a la “concertación” del presidente, o por la participación de la sociedad civil. La especificidad de este planteamiento aparece en los comentarios de un activista salvadoreño:

Hablar de desarrollo de El Salvador es hablar de la cuenca del río Lempa. La cuenca del río Lempa es la mitad del país: 10 000 kilómetros cuadrados. Es la principal, si no la única, fuente de energía. El 98% de la energía salvadoreña es hidroeléctrica. Es la principal fuente de agua. El futuro del país tiene entonces que ver con esa cuenca. La cuenca del Lempa pone la agenda y tiene la energía. Entonces aquí hay que seguir reivindicando los temas tradicionales del movimiento campesino. Tenemos demandas efectivamente por la tierra que se legalice, que se den títulos de propiedad a los agricultores, tenemos demandas de crédito, tenemos demandas alrededor del fomento a la comercialización, tenemos demandas alrededor de la asistencia técnica. Entonces una nueva manera de plantearlo es precisamente negociando por lo que más le interesa al país, que es energía y agua. ¿Quiénes son los que están en toda esa cuenca, en las laderas de esa cuenca produciendo granos básicos? Los agricultores pobres, que por falta de tecnología, por falta de asistencia, que como no se les reconoce el derecho a la tierra tampoco se les puede pedir que cambien su relación con la tierra [...] Hasta los documentos del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos señalan que si la gente no es dueña de la tierra es difícil que modifique su relación con los recursos naturales. Entonces surge un planteamiento, un reposicionamiento de las organizacio-

nes campesinas salvadoreñas. En el marco de la negociación tomamos la bandera de la cuenca del Río Lempa. Y les decimos: Vean, ¿a ustedes les interesa la energía? Nosotros ni siquiera tenemos energía, no tenemos luz. ¿A ustedes les interesa que no haya sedimentación en los embalses, que el embalse de Cerro Grande se mantenga con la misma capacidad de captación de agua? Ustedes que invierten millones de dólares para estar dragando el embalse para que pueda captar la suficiente agua, si ustedes quieren todo eso, en lugar de sacar el suelo del embalse, contengan las correntías, la sedimentación en las laderas, ¿no? [...] Y el gobierno quiere, la sociedad salvadoreña quiere que se conserven los suelos, que se conserve la cuenca del Lempa, que haya la misma capacidad de generación de energía; pero los que podemos hacerlo somos los agricultores. Nosotros planteamos esto y lo hemos discutido con ellos varias veces y hay una visión de ellos interesante alrededor de eso. Es una nueva arma de negociación (entrevista, ADC, San Salvador, 18/VII/1994).

Por diestros que se hubieran vuelto los negociadores campesinos (al apropiarse y darle otra forma a la retórica oficial), no obstante su éxito político dependía de la disposición a hacer concesiones que mostraran los que estaban en el poder. A mediados de 1994, los integrantes de la comisión coordinadora de la Asocode convinieron en que los gobiernos de la región carecían de "voluntad política"; las promesas del Compromiso Agropecuario de Panamá (CAP) y muchas otras no se habían cumplido. Wilson Campos resumió el estado de ánimo:

Hemos logrado una profunda legitimidad en los gobiernos de la región y fuera de la región. En estos dos años hemos estado en cuatro cumbres, hemos estado en veintitantos foros y decimos con autoridad que no hay la más mínima voluntad. Hay muchos compromisos que no se han cumplido (Edelman, 1994).

La intransigencia del gobierno suscitó peticiones en la Asocode de volver a la táctica tradicional de presión: marchas o aun obstrucción de carreteras u ocupación de edificios. Sin embargo, la mayoría decidió que todas las manifestaciones tendrían que llevarlas a cabo al mismo tiempo los siete países y sin abandonar los esfuerzos de repercutir en la política por otros medios. Aun antes de cualquier demostración de fuerza, la *amenaza* de acción ganó concesiones. Como indicaba un informe de la comisión coordinadora de septiembre de 1994:

En el mes de noviembre, por primera vez tendremos un día de trabajo con los ministros de Agricultura centroamericanos; pero esta audiencia de un día, sólo la hemos obtenido porque mandamos una carta a los ministros diciéndoles que como Asocode estábamos considerando la posibilidad de una presión regional y su respuesta fue inmediatamente de darnos este día de trabajo (Asocode, 1994b: 5).

La posibilidad de ejercer presiones regionales, en efecto, ya se había decidido. El 10 de octubre, organizaciones de cinco de los siete países realizaron marchas simultáneas de protesta contra la falta de voluntad de los gobiernos de modificar las políticas nacionales de ajuste estructural (en Belice no hubo manifestación, estaban celebrando su día nacional; ni en Nicaragua, donde el gobierno había prohibido las manifesta-

ciones durante una visita del vicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore, que asistía a la Cumbre Ecológica Centroamericana). Las nutridas manifestaciones—sobre todo en Honduras y Costa Rica, donde los presidentes recibieron delegaciones de manifestantes—constituyeron un importante despliegue de fuerza y levantaron la moral de los participantes; pero las marchas parecían ayudar poco a zanjar la brecha entre los gobiernos y las organizaciones campesinas.⁴⁰ En la Cumbre Centroamericana de Jefes de Estado de marzo de 1995, celebrada en El Salvador, la Asocode no recibió la acostumbrada invitación para pronunciar un discurso, a pesar de que la reunión estaba dedicada a las cuestiones del bienestar social (entrevista con Wilber Zavala). La Asociación se fue volviendo cada vez más hacia dentro y dejó la actividad política en las cumbres de presidentes a la Iniciativa Civil para la Integración Centroamericana (ICIC), coalición que incluye organizaciones de trabajadores, campesinos y pequeños empresarios (Asocode, 1995a: 13; entrevista, Miguel Ángel Lemus). Prosiguió, con moderado éxito, buscando un terreno común con los ministros de Agricultura de la región; pero su actividad principal tomó otra orientación: fortalecer las coaliciones y alianzas nacionales con organizaciones no campesinas, reconocer todas las oportunidades que pudieran presentarse como parte de la transición al libre mercado y promover la capacidad técnica, empresarial y administrativa de los campesinos (Asocode, 1997a, 1997b; entrevista, Sinforiano Cáceres, Asocode, Managua, 31/VII/97). En Honduras, El Salvador y Guatemala, organizaciones vinculadas a la Asocode protagonizaron importantes ocupaciones agrarias en 1995 y 1996, que lograron algunas concesiones, pero también produjeron nuevas víctimas de la represión del Estado.⁴¹

CONCLUSIONES

La organización campesina transnacional en América Central plantea importantes interrogantes sobre los planteamientos de las ciencias sociales en torno al transnacionalismo, la acción colectiva y el cambio agrario. Los “campesinos”, como bien indica Kearney (1996), constituyen una categoría “ambigua” y “perturbadora”; pero si bien esta caracterización puede parecerle “problemática” o “precaria” a los científicos

⁴⁰ Con todo, en Honduras la marcha campesina obligó a crear una nueva comisión bipartita (organizaciones campesinas y sector público) para supervisar los créditos que el Banco Central proporcionaba al banco estatal de desarrollo.

⁴¹ El 23 de octubre de 1995, las tropas hondureñas mataron a tres personas e hirieron a otras dos al disparar contra un grupo de 70 campesinos en el Departamento de Yoro, que se negaban a abandonar unas tierras reclamadas por el Ministerio de Recursos Naturales. En diciembre, la policía hondureña disparó contra unos manifestantes campesinos fuera de la XVII Cumbre de Jefes de Estado Centroamericanos y mató a un manifestante. En el oriente de El Salvador, en octubre de 1995, la ADC y sus aliados ocuparon 17 propiedades, lo cual llevó a la formación de una comisión mixta para investigar las fincas agrícolas que superaran el máximo constitucional de 245 hectáreas. Este grupo estaba formado por representantes del Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria, el despacho de derechos humanos del gobierno, el FMLN, una comisión de observadores de la ONU y la ADC. El 20 de febrero de 1996, la

sociales, lo es menos para los centroamericanos que asumen lo “campesino” como identidad, no su identidad “esencial” o “unívoca”, desde luego, pero sin duda una parte central de un espectro de posibles posiciones sociales. Tampoco, evidentemente, una identificación subjetiva y políticamente inclusiva de “campesinos” impide a los agricultores centroamericanos establecer distinciones analíticas entre pequeños propietarios, cooperativistas, ocupantes de tierras o campesinos sin tierras. En efecto, tales diferencias están muy presentes en la actividad cotidiana de creación de programas, fortalecimiento de las organizaciones y lucha por demandas concretas. Aunque la política campesina ahora tiene una profunda dimensión transnacional, difícilmente refleja una “declinación de la identidad de clase” o un desplazamiento de la actividad política del espacio del Estado-nación (Kearney, 1996). Por el contrario, las aspiraciones materiales siguen ocupando un lugar privilegiado en la práctica política campesina dirigida simultáneamente *tanto* al Estado-nación en particular como a las instituciones supranacionales a las que pertenecen (*cf.* Tarrow, 1998: cap. 11).

Pese a sus éxitos evidentes, el movimiento campesino transnacional de América Central hace frente a complejos dilemas. Más que la simple suma de sus partes nacionales, y mucho más que un proyecto de las ONG o de los gobiernos europeos, el éxito mayor de la Asocode ha consistido en fortalecer a las organizaciones que la integran y defender vigorosamente a los pequeños agricultores en una época en que la discusión que sobre el desarrollo entablan las élites centroamericanas en buena parte es antagónica a los campesinos y sus intereses (o, en el mejor de los casos, no los menciona). Sin embargo, no es sorprendente que los éxitos políticos más significativos de la Asocode hayan sido con los organismos de cooperación internacionales más que con las instituciones multilaterales de crédito, las cumbres de jefes de Estado o los gobiernos de los respectivos países. Numerosas organizaciones europeas y canadienses de cooperación tienen para comenzar, desde luego, buena disposición hacia los movimientos campesinos y son receptivas a cierto tipo de información y de imagen que por sí misma no puede alcanzar objetivos más grandes, como modificar el resultado de las luchas agrarias centroamericanas o la aplicación de los programas de ajuste estructural del Banco Mundial.

En América Central, a finales del decenio de 1980 y principios de los años noventa, diversos sectores de la sociedad civil formaron redes regionales para defender sus intereses, a menudo fortaleciendo los vínculos transnacionales creados durante la agitación de la década anterior. En el caso de las organizaciones campesinas que integraron a la Asocode, el respaldo europeo evidentemente fue (y sigue siendo) fundamental, aunque las amenazas a la anhelada identidad y estilo de vida del pequeño propietario hayan estimulado la acción individual y nacional e incluso si (sin “cooperación” internacional) de todas maneras hubiera surgido algo parecido a la Asocode, con un presupuesto más reducido y menor presencia (“tomando buses a

policía guatemalteca desalojó con violencia a varios cientos de campesinos de una organización vinculada con la Conampro, que estaban ocupando tierras en San Lucas Tolimán, Sololá.

Guatemala o Honduras, como hacemos nosotros, en vez de aviones como hacen ellos”, según lo expresó un participante ligeramente crítico del grupo obrero centroamericano Cocentra).

La entrada de financiamiento europeo (y de otros orígenes) inevitablemente suscita preguntas sobre la mezcla de motivos de esas organizaciones campesinas nacionales y transnacionales principales, las posibilidades a largo plazo de los movimientos vulnerables al conservadurismo fiscal cada vez mayor de las sociedades europeas y a las repercusiones políticas y económicas últimas del proceso de internacionalización. Los dirigentes de la Asocode afirman que “ningún organismo gubernamental o no gubernamental tiene derecho a ponerse como padre o gestor de este proceso” (1992: 4).⁴² Con todo, en la actualidad la identidad campesina se crea y representa activamente —en ocasiones conscientemente y a veces no— con conocimiento de las imágenes, información y discursos que más efecto producen en el público internacional. En cierta medida el programa de la Asocode y de las organizaciones que la integran hoy está orientado a los donadores, condicionalidad menos onerosa que el dominio de los partidos políticos sobre las organizaciones campesinas anteriores, pero que de todas formas preocupa a algunos de sus miembros. Gran parte de la atención otorgada a las cuestiones de género, a los asuntos indígenas y, en menor medida, a los temas ambientales, inicialmente parecieron derivar de la sensibilidad europea más que de la centroamericana (Candanedo y Madrigal, 1994: 119).⁴³

Es más, ser “dirigente”, se ha convertido en una carrera, con la seguridad de un salario y posibilidades de progresar y viajar al extranjero.⁴⁴ Conforme aumenta el apoyo económico de la Asocode a las coaliciones nacionales, la cantidad de activistas

⁴² Otro documento interno de la Asocode presentaba una evaluación más franca que describía la dependencia de la “cooperación” extranjera como “uno de los pecados originales de Asocode”. Añadía que ese financiamiento “es una de las tentaciones que en forma cotidiana tendremos que enfrentar y resolver para garantizar una Asocode plenamente autónoma y real instrumento en función del pequeño y mediano agricultor del istmo” (Hernández, 1992: 6). Distintos integrantes de la Asocode mencionaron la dependencia del financiamiento extranjero como preocupación significativa en una evaluación externa de la organización (Candanedo y Madrigal, 1994).

⁴³ Sin embargo, estas preocupaciones cada vez son más comunes y se discuten más. Un informe internacional de la Asocode de una gira internacional estableció que: “Este es uno de los problemas de mayor preocupación en los diferentes niveles de la sociedad civil europea. Hay en algunos grupos la tendencia a impulsar hacia nosotros cambios demasiado drásticos en nuestras prácticas culturales en la actividad agrícola para la [sic] cual señalamos no estar preparados y propusimos la puesta en marcha de mecanismos moderados en la adopción de prácticas que tengan que ver con el medio ambiente, la agricultura sin químicos [sic] [...] Agregamos estar dispuestos a escuchar, a ver y a introducir poco a poco prácticas nuevas que impulsen un cambio gradual” (1993c: 4). De manera similar, gran parte del ímpetu inicial para ampliar la participación de las mujeres venía de las ONG extranjeras que proporcionaban los fondos; empero, cuando comenzaron esas actividades, pronto adquirieron su propia dinámica, y las dirigentes campesinas comenzaron a pedir y conseguir mayor representación en la organización (Asocode, 1995b). Con todo, una evaluación externa reciente señaló: “El trabajo con las mujeres desafortunadamente es todavía abordado como un problema de las mujeres mismas” (Morales y Cranshaw, 1997: 27).

⁴⁴ La Asocode trató de asegurar la rotación de los cuadros directivos, limitando que los integrantes de la comisión coordinadora y el coordinador pudieran desempeñar más de dos periodos en funciones. No obstante, la escasez de organizadores capacitados en las redes nacionales y transnacionales de que forma parte la Asocode (ICIC, Cicafof, Vía Campesina, etcétera) indica que los dirigentes bien pueden proseguir

de la nómina ha aumentado. Aunque esos cuadros tengan la máxima integridad, como en general parece ser el caso, considerarlos como un grupo privilegiado causa fricciones.⁴⁵ Los que no forman parte de los dirigentes máximos a veces hablan en voz baja de “campesinos *yuppies*”, “el *jet set* campesino” o “la cúpula de cúpulas”. En la política tradicional campesina centroamericana recibir un puesto asalariado a menudo era un beneficio y motivo de envidia. Hoy puede seguir teniendo “un olor a corrupción”, aunque el empleador no sea un gobierno sino una organización popular e incluso el nuevo empleado afortunado sea escrupulosamente honesto.

La comunicación de información entre la Asocode y las organizaciones nacionales y de base a menudo no es ágil, problema que atiza la idea de que los dirigentes nacionales constituyen una elite lejana. La concentración de la Asocode en la política de alto nivel y en la consolidación de la organización también ha significado que muchos ambiciosos planes de desarrollo diferentes concebidos en los seminarios regionales no se hayan aplicado aún: “aterrizar”, como dicen los viajeros frecuentes de la dirección. Sin duda, resulta más fácil y más barato ser eficaces en la política transnacional y de información que en el prolongado y frustrante trabajo de la organización interna o de los distintos países o en la lucha descomunal por elevar los niveles de vida rurales.

La Asocode, como movimiento campesino, ha roto la orientación local, agraria y de protesta que caracterizó históricamente a tantas movilizaciones campesinas de América Central y otras partes. Al mismo tiempo, rechaza la estrategia de las “guerras campesinas” que consumieron a tantos de sus partidarios en el decenio de los años ochenta. La participación política campesina, en las redes internacionales y la formación de alianzas con grupos de los sectores no agrícolas, así como en la elaboración de propuestas de desarrollo minuciosas y refinadas señalan una nueva etapa de lo que constituye un movimiento social muy antiguo y muy novedoso a la vez, amén de una nueva variedad de la “globalización desde abajo”.

El movimiento campesino regional centroamericano no comparte la “omisión de la clase social” ni la centralidad de lo “cultural” por encima de las luchas “materiales”, que se afirma son características de otros “movimientos sociales nuevos” fundados en la identidad y que han constituido redes transnacionales, como las feministas, los ambientalistas y los pueblos indígenas (Escobar, 1992; Jelin, 1990; Melucci, 1989; Olofsson, 1988). La adopción del “desarrollo” por parte del movimiento —en los nombres de sus organizaciones y en las aspiraciones de los participantes de lograr

su carrera cuando han dejado esos puestos en cualquier organización (cf. Keck y Sikkink, 1998; Lichbach, 1994: 408-409).

⁴⁵ El segundo congreso de la Asocode celebrado en diciembre de 1993 resolvió poner a dos representantes del comité coordinador de cada país en la nómina de la Asocode, ya que estaban dedicando la mayor parte de su tiempo a la organización regional. Algunas coaliciones nacionales luego alegaron que esto se tendría que haber discutido primero en cada país, ya que tales individuos también trabajaban para organizaciones nacionales y de base. Algunos también criticaron la “falta de transparencia” en la aprobación del presupuesto, que no se había distribuido con suficiente anticipación para permitir su estudio minucioso y discusión (Candanedo y Madrigal, 1994: 108).

un mayor bienestar— indica que no sólo la marginalidad política y económica de los campesinos los condujo a organizarse, sino que eso les abrió las puertas del reconocimiento y las alianzas internacionales (*cf.* Brysk, 1996). El caso de la organización campesina internacional en América Central parecería confirmar la afirmación de algunos teóricos de las relaciones transnacionales de que las estructuras cooperativistas internacionales de ejercicio del poder —como el SICA, Parlacen y el Diálogo de San José— tienden a dar legitimidad a las actividades transnacionales y a incrementar su acceso a la política nacional (Risse-Kappen, 1995: 7). Sin embargo, está menos claro que lograr crear coaliciones efectivas se traduzca en un efecto político sostenido. En efecto, las condiciones mismas que hicieron posible a la Asocode —el fin o declinación de la lucha armada, la proliferación de organizaciones de la sociedad civil, la apertura e integración regional de las economías centroamericanas, el debilitamiento de los estados debido al neoliberalismo, la disponibilidad de la “cooperación” extranjera—, también facilitaron a los grupos dominantes simplemente ignorar las presiones de las bases.

Pese a todo, en apenas pocos años de existencia, la Asocode ha superado muchas causas históricas de debilidad y división de los movimientos campesinos. Su rechazo a los vínculos con los partidos políticos, su auténtico pluralismo ideológico y su compromiso de mantener el diálogo interno y externo, así como la creación de consenso, le han permitido coordinar un grupo diverso de organizaciones de distintas situaciones nacionales y lograr una medida extraordinaria de reconocimiento regional e internacional.

Quizás el aspecto más alentador de estas contradicciones es que se las entiende, se discuten y se tratan en el seno de la Asocode con una franqueza e inteligencia poco frecuente en la práctica del movimiento campesino anterior. Las organizaciones campesinas son proyectos políticos, no empresas lucrativas, y muchas de estas tensiones probablemente sean inevitables (*cf.* Landsberger y Hewitt, 1970). En América Central, por lo menos, incluso la política de la elite empresarial ha dependido mucho de la “cooperación”, por lo general de USAID (Rosa, 1993; Sojo, 1992). Que el movimiento campesino haya buscado financiamiento externo podría interpretarse incluso como otra muestra de realismo cada vez mayor, especialización y profesionalismo, así como de madurez. Que la Asocode haya logrado reunir a un conjunto de grupos tan heterogéneos y difíciles de siete países distintos es, tomando en cuenta la larga historia de divisionismo de los movimientos campesinos centroamericanos, por lo menos extraordinario.

Traducción de Rosamaría Nuñez

SIGLAS

ADC**	Alianza Democrática Campesina (El Salvador)
Apemep**	Asociación de Pequeños y Medianos Productores de Panamá
Asocode	Asociación Centroamericana de Organizaciones Campesinas para la Cooperación y el Desarrollo
ATC	Asociación de Trabajadores del Campo (Nicaragua)
BAPO*	Belize Association of Producers Organizations [Asociación de Organizaciones de Productores de Belice]
BFAC**	Belize Federation of Agricultural Cooperatives [Federación de Cooperativas Agrícolas de Belice]
CADESCA	Comité de Apoyo al Desarrollo Económico y Social de América Central
CAP	Compromiso Agropecuario de Panamá (1992)
Caricom	Caribbean Common Market [Mercado Común del Caribe]
CCC-B*	Confederation of Cooperatives and Credit Unions of Belize [Confederación de Cooperativas y Uniones de Crédito de Belice]
CCC-CA	Confederación de Cooperativas del Caribe y América Central
CJYD*	Consejo Campesino Justicia y Desarrollo (Costa Rica)
CCOD	Concertación Centroamericana de Organismos de Desarrollo
CEE	Comunidad Económica Europea
Cencap	Centro de Capacitación Cooperativista (El Salvador)
Cicafoc	Coordinadora Indígena Campesina de Agroforestería Comunitaria Centroamericana
CIFCA	Copenhagen Initiative for Central America [Iniciativa de Copenhague para América Central] (1991)
CNA**	Coordinadora Nacional Agraria (Costa Rica)
CNC	Consejo Nacional Campesino (Honduras)
CNOC	Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas (Guatemala)
CNP	Consejo Nacional de Producción (Costa Rica)
CNTC*	Central Nacional de Trabajadores del Campo (Honduras)
Coaces*	Confederación de Asociaciones Cooperativas de El Salvador
Cocentra	Coordinadora Centroamericana de Trabajadores
Cocica	Confederación Campesina del Istmo Centroamericano
Cococh**	Consejo Coordinador de Organizaciones Campesinas de Honduras
Codimcah*	Consejo de Desarrollo Integral de Mujeres Campesinas de Honduras
Conac*	Confederación Nacional de Asentamientos Campesinos (Panamá)

Conampro**	Coordinadora Nacional de Pequeños y Medianos Productores (Guatemala)
Confras*	Confederación de Federaciones de Cooperativas de la Reforma Agraria Salvadoreña
Conic	Coordinadora Nacional Indígena Campesina (Guatemala)
CUC	Comité de Unidad Campesina (Guatemala)
Enabas	Empresa Nicaragüense de Productos Básicos (Nicaragua)
ERP	Ejército Revolucionario del Pueblo, después de 1994 Expresión Renovadora del Pueblo (El Salvador)
Fedepricap	Federación de Entidades Privadas de América Central y Panamá
Fenacoop*	Federación Nacional de Cooperativas (Nicaragua)
Fesacora	Federación Salvadoreña de Cooperativas de la Reforma Agraria
Fesacorasal*	Federación de Cooperativas de la Reforma Agraria de la Región Occidental (El Salvador)
FIPA	Federación Internacional de Productores Agropecuarios (Francia)
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (El Salvador)
FPL	Fuerzas Populares de Liberación (El Salvador)
FSLN	Frente Sandinista de Liberación Nacional (Nicaragua)
Fundesca	Fundación para el Desarrollo Económico y Social de América Central (Panamá)
GATT	Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio
ICIC	Iniciativa Civil para la Integración Centroamericana
IRA	Instituto Regulador de Abastecimientos (El Salvador)
IRAM	Institut de Recherches et des Applications de Méthodes de Développement [Instituto de Investigación y Aplicación de Métodos de Desarrollo (Francia)]
MNC**	Mesa Nacional Campesina (Costa Rica)
PAC	Plan de Acción para la Agricultura Centroamericana
Parlacen	Parlamento Centroamericano
PSA	Programa de Seguridad Alimentaria
PFSA	Programa de Formación en Seguridad Alimentaria
Sela	Sistema Económico Latinoamericano
Sica	Sistema de la Integración Centroamericana
Socra*	Sociedad de Cooperativas Cafetaleras de la Reforma Agraria (El Salvador)
Ucadegua*	Unión Campesina de Guatuso (Costa Rica)
UCS	Unión Comunal Salvadoreña
UNAG**	Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (Nicaragua)
UNC	Unión Nacional de Campesinos (Honduras)

Upanacional*	Unión Nacional de Pequeños y Medianos Productores Agrícolas (Costa Rica)
Uprocafe	Unión de Pequeños Productores de Café de América Central, México y el Caribe
USAID	United States Agency for International Development [Organismo de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional]

* Organizaciones participantes en las coaliciones nacionales (lista parcial).

** Coaliciones nacionales participantes en la Asocode.

Traducción de Rosamaría Núñez

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña Ortega, Víctor Hugo (1993), "Clases subalternas y movimientos sociales en Centroamérica (1870-1930)", en V. H. Acuña (comp.), *Historia general de Centroamérica*, tomo IV: *Las repúblicas agroexportadoras (1870-1945)*, pp. 255-323, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario y Flacso.
- Alger Chadwick, F. (1988), "Perceiving, analysing and coping with the local-global Nexus", *International Social Science Journal*, 40, pp. 321-340.
- Appadurai, Arjun (1990), "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", *Public Culture* 2, núm. 2 (primavera), pp. 1-24.
- Arias Peñate, Salvador (1989), *Seguridad o inseguridad alimentaria: un reto para la región centroamericana. Perspectivas para el año 2000*, San Salvador, UCA Editores.
- Arias Peñate, Salvador (1990), *Biotecnología: amenazas y perspectivas para el desarrollo de América Central*, San José, Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Arias Peñate, Salvador, Juan Jované y Luis Ng (1993), *Centroamérica: obstáculos y perspectivas del desarrollo: un marco cuantitativo MOCECA. Modelo de coherencia económica del Istmo Centroamericano*, San José, DEI.
- Arita, Carlos (1994), "El movimiento campesino: situación actual", *Boletín Informativo de Honduras*, número especial 68 (julio), pp. 1-14.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1991a), "Estrategia productiva de los pequeños y medianos productores del Istmo Centroamericano", agosto, fotocopia, 11 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1991b), "Memoria [Primer Congreso Asocode]", Managua 4, 5 y 6 de diciembre de 1991, fotocopia, 42 cc.

- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1992), "Informe congreso constitutivo", fotocopia, 20 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1993a), "Plan de trabajo operativo 1993", fotocopia, 19 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1993b), "Propuesta para una estrategia de cooperación entre Asocode y la cooperación solidaria con Centroamérica. Síntesis de las áreas temáticas priorizadas por Asocode", para la Primera Conferencia Regional Campesina sobre Cooperación Solidaria, Panamá, 17-19 de marzo, fotocopia.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1993c), "Informe general. Gira a Europa", fotocopia, 5 pp.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1993d), *Memoria II Congreso General de Asocode*, Guatemala, Asocode.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1994a), "Documento base de trabajo para el taller de seguimiento a la I Conferencia Regional Campesina sobre Cooperación Solidaria", Managua, marzo, fotocopia, 24 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1994b), "Memoria del Primer Consejo Regional Campesino celebrado en Belice", borrador, septiembre, fotocopia, 40 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1994c), "Memoria. Taller regional de comercialización", Managua, Nicaragua, fotocopia, 9 y 10 de diciembre, 14 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1995a), "Valoración del trabajo de incidencia de Asocode", fotocopia, octubre, 37 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1995b), "Síntesis de conclusiones. Encuentro 'Mujer y movimiento campesino'", San Salvador, El Salvador, 11 y 12 de diciembre, fotocopia, 4 cc.
- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1997a), "Propuesta de Asocode al Consejo Agropecuario Centroamericano, III Consejo Regional Campesino", San José, fotocopia, abril, 6 cc.

- Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, Asocode (1997b), "Trabajando una plataforma común contra la pobreza. III Consejo Regional Campesino. II Conferencia la Cooperación y el Campesinado", San José, Asocode, 7 al 10 de abril.
- Banco Interamericano de Desarrollo, BID (1989), *Economic and Social Progress in Latin America 1989 Report*, Washington, BID.
- Biekart, Kees (1996), "Strengthening intermediary roles in civil society: experiences from Central America", en Andrew Clayton (comp.), *NGOs, Civil Society and the State: Building Democracy in Transitional Societies*, Oxford, Intrac, pp. 141-156.
- Biekart, Kees y Martin Jelsma (1994), "Introduction", en K. Biekart y M. Jelsma (comps.), *Peasants Beyond Protest in Central America: Challenges for Asocode, Strategies towards Europe*, Amsterdam, Transnational Institute, pp. 7-23.
- Black, George (1988), *The Good Neighbor: How the United States Wrote the History of Central America and the Caribbean*, Nueva York, Pantheon.
- Bourgois, Philippe (1989), *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Brecher, Jeremy (1993), "The Hyerarchs, New World Order — and Ours", en Jeremy Brecher, John Brown Childs y Jill Cutler (comps.), *Global Visions: Beyond the New World Order*, Boston, South End Press, pp. 3-12.
- Brysk, Alison (1996), "Turning Weakness into Strength: The Internationalization of Indian Rights", *Latin American Perspectives* 23, pp. 38-57.
- Bunch, Roland (1982), *Two Ears of Corn: A Guide to People-Centered Agricultural Improvement*, Oklahoma City, World Neighbors.
- Bustelo, Eduardo S., Andrea Cornia, Richard Jolly y Frances Stewart (1987), "Hacia un enfoque más amplio en la política de ajuste: ajuste con crecimiento y una dimensión humana", en Eduardo S. Bustelo (comp.), *Políticas de ajuste y grupos más vulnerables en América Latina: hacia un enfoque alternativo*, Bogotá, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, pp. 125-156.
- Calderón, Vilma de y Clemente San Sebastián (1991), *Caracterización de los productores de granos básicos en El Salvador*, Panamá, CADESCA, Comisión de las Comunidades Europeas, Gobierno de Francia.
- Calhoun, Craig (1993), "'New Social Movements' of the Early Nineteenth Century", *Social Science History* 17, núm. 3 (otoño), pp. 385-427.
- Candanedo, Diana y Víctor Julio Madrigal (1994), "Informe final. Evaluación externa de Asocode", periodo julio 91-diciembre 93, agosto 1994, fotocopia, 214 cc.

- Clark, Ann Marie (1995), "Non-governmental organizations and their influence on international society", *Journal of International Affairs* 48, núm. 2 invierno, pp. 507-525.
- Comité de Acción de Apoyo al Desarrollo Económico y Social de Centroamérica, CADESCA (1990), *Los efectos de la política macroeconómica en la agricultura y la seguridad alimentaria*, Panamá, CADESCA.
- Concertación Centroamericana de Organismos de Desarrollo, CCOD (1990), *Cooperación externa y desarrollo en Centroamérica. Documentos de la II Consulta Internacional de Cooperación Externa para Centroamérica*, San José, Cecade.
- Confederación Campesina del Istmo Centroamericano, Cocica (1993a), "Acta de constitución de la confederación campesina del Istmo Centroamericano", Tegucigalpa, fotocopia 4 cc.
- Confederación Campesina del Istmo Centroamericano, Cocica (1993b), "Organizaciones que integran la Federación [sic] Campesina del Istmo Centroamericana", Cocica, fotocopia, 1 c.
- Cohen, Jean y Andrew Arato (1992), *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, MIT Press.
- Comisión Centroamericana de Pequeños y Medianos Productores (1991), "Posición ante el programa de ajuste estructural, las relaciones con las ONGs locales y la cooperación internacional solidaria", fotocopia, 12 cc.
- Consejo Nacional de Pequeños y Medianos Productores Justicia y Desarrollo (1991), "La urgencia del desarrollo exige concertar. Posición de las organizaciones de los pequeños y medianos productores del Istmo centroamericano ante la cumbre presidencial agropecuaria de Centroamérica y Panamá", San José, fotocopia, 4 cc.
- Cuenca, Breny (1992), *El poder intangible: la AID y el estado salvadoreño en los años ochenta*, Managua, CRIES.
- Dévé, Frédéric (1989), "Los productores de granos básicos en el Istmo centroamericano: ensayo de síntesis, logros y perspectivas", Guatemala, Programa de Seguridad Alimentaria caDESCA/CEE (mimeo.).
- Eckstein, Susan, comp. (1989), *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*, Berkeley, University of California Press.
- Edelman, Marc (1991), "Shifting Legitimacies and Economic Change: The State and Contemporary Costa Rican Peasant Movements", *Peasant Studies* 18, núm. 4m, pp. 221-249.
- Edelman, Marc (1994), "Three *Campesino* Activists" [entrevistas a Leoncia Solórzano, Honduras; Wilson Campos, Costa Rica; Sinfioriano Cáceres, Nicaragua], *NACLA Report on the Americas* 28, núm. 3, nov.-dic., pp. 30-33.

- Elshtain, Jean B. (1995), "Exporting feminism", *Journal of International Affairs* 48, pp. 541-558.
- Escobar, Arturo (1992), "Culture, practice and politics: anthropology and the study of social movements", *Critique of Anthropology* 12, núm. 4, pp. 395-432.
- Escobar, Arturo (1995), *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press.
- Escobar, Arturo y Sonia E. Álvarez, comps. (1992), *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*, Boulder, Westview.
- Falk, Richard (1987), "The global promise of social movements: explorations at the edge of time", *Alternatives* 12, núm. 2, 1987, pp. 173-196.
- Fallas, Helio (1993), *Centroamérica: pobreza y desarrollo rural ante la liberalización económica*, San José, IICA.
- Feierman, Steven (1990), *Peasant Intellectuals: Anthropology and History in Tanzania*. Madison, University of Wisconsin Press.
- Foro sobre la Deuda y el Desarrollo, Fondad (1993), *Campesinos y ajustes estructurales. Informe Encuentro Campesino: Pequeños y Medianos Productores de Panamá*, Panamá, Fondad.
- Freire Stichting, Paulo (1993), "La vía campesina", Doetinchem, Holanda, manuscrito.
- García Canclini, Néstor (1992), *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Garst, Rachel y Tom Barry (1990), *Feeding the Crisis: U.S. Food Aid and Farm Policy in Central America*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- Glick Schiller, Nina, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton (1992), "Transnationalism: a new analytic framework for understanding migration", *Annals of the New York Academy of Sciences* 645, pp. 1-24.
- Goitia, Alfonso (1994), "Acceso a la tierra en Centroamérica", en Klaus-Dieter Tangermann e Ivana Ríos Valdés (comps.), *Alternativas campesinas: modernización en el agro y movimiento campesino en Centroamérica*, Managua, CRIES, pp. 159-188.
- González, Vinicio (1978), "La insurrección salvadoreña de 1932 y la gran huelga hondureña de 1954", *Revista Mexicana de Sociología* 60, núm. 2 (abril-junio), pp. 563-606.
- Gramsci, Antonio (1967), *La formación de los intelectuales*, México, Editorial Grijalbo.
- Hellman, Judith Adler (1995), "The riddle of new social movements: who they are and what they do", en Sandor Halebsky y Richard L. Harris (comps.), *Capital, Power, and Inequality in Latin America*, Boulder, Westview, pp. 165-183.

- Heraldo, El* (1993), "Presidente del CNC: campesinos deben romper el temor de asociarse con capitales extranjeros", *El Herald*, 18 de febrero, p. 5.
- Hernández Cascante, Jorge Luis (1992), "Para la evaluación del Congreso Constitutivo de Asocode", 6 de enero, fotocopia, 8 cc.
- Hernández Cascante, Jorge Luis (1994), "Asocode: los retos y perspectivas del movimiento campesino centroamericano", en Klaus-Dieter Tangermann e Ivana Ríos Valdés (comps.), *Alternativas campesinas: modernización en el agro y movimiento campesino en Centroamérica*, Managua, CRIES, pp. 243-266.
- Hernández Cascante, Jorge Luis (1995), "Asocode: nuestra herramienta de coordinación y desarrollo campesino centroamericano. (Nuestro machete para el desarrollo sostenible centroamericano.)", fotocopia, 37 cc.
- Holt-Giménez, Eric (1996), "The *campesino a campesino* movement: farmer-led, sustainable agriculture in Central America and Mexico", *Food First Development Report* núm. 10, Oakland, California, Institute for Food and Development Policy.
- Honduras, Poder Legislativo (1992), "Decreto número 31-92, Ley para la modernización y el desarrollo del sector agrícola", Tegucigalpa, mimeo.
- Inter-American Development Bank, IDB (1989), *Economic and Social Progress in Latin America 1989 Report*, Washington, IDB.
- Jelin, Elizabeth (1990), "Citizenship and identity: final reflections", en E. Jelin (comp.), *Women and Social Change in Latin America*, Londres, Zed, pp. 184-207.
- Kearney, Michael (1995), "The local and the global: the anthropology of globalization and transnationalism", *Annual Review of Anthropology* 24, pp. 547-565.
- Kearney, Michael (1996), *Reconceptualizing the Peasantry: Anthropology in Global Perspective*, Boulder, Westview.
- Keck, Margaret E. (1995), "Parks, people and power: the shifting terrain of environmentalism", *NACLA Report on the Americas* 28, núm. 5, marzo-abril, pp. 36-41.
- Keck, Margaret E. y Kathryn Sikkink (1998), *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*, Ithaca, Cornell University Press.
- Kidder, Thalia y Mary McGinn (1995), "In the wake of NAFTA: transnational workers networks", *Social Policy* 25, núm. 4, verano, pp. 14-21.
- Kruijt, Dirk (1992), "Monopolios de filantropía: el caso de las llamadas 'organizaciones no gubernamentales' en América Latina", *Polémica* 16, enero-abril, pp. 41-47.
- Landsberger, Henry A. y Cynthia N. Hewitt (1970), "Ten sources of weakness and cleavage in Latin American Peasant Movements", en Rodolfo Stavenhagen (comp.), *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America*, Garden City, Nueva York, Anchor Doubleday, 559-583.

- Laraña, Enrique, Hank Johnston y Joseph R. Gusfield, comps. (1994), *New Social Movements: From Ideology to Identity*, Filadelfia, Temple University Press.
- Laxer, Gordon (1995) "Social solidarity, democracy and global capitalism", *Canadian Review of Sociology and Anthropology* 32, agosto, pp. 288-313.
- Leeds, Anthony (1977), "Mythos and pathos: some unpleasantries on peasantries", en Rhoda Halperin y James Dow (comps.), *Peasants Livelihood: Studies in Economic Anthropology and Cultural Ecology*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 227-256.
- Leis, Raúl (1994), "Panamá: movimientos campesinos, transitismo y democracia", en Klaus-Dieter Tangermann e Ivana Ríos Valdés (comps.), *Alternativas campesinas: modernización en el agro y movimiento campesino en Centroamérica*, Managua, CRIES, pp. 95-116.
- Lichbach, Mark I. (1994), "What makes rational peasants revolutionary? Dilemma, paradox and irony in peasant collective action", *World Politics* 46, núm. 3, pp. 383-419.
- Lombrana, Martiniano (1989), "Historia de las organizaciones campesinas de Honduras", La Ceiba, mimeo.
- Martínez, Alberto (1990), *Costa Rica: política y regulación de precios en granos básicos*, Panamá, CADESCA, Comisión de las Comunidades Europeas y Gobierno de Francia.
- Melucci, Alberto (1989), *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres, Hutchinson Radius.
- Menjívar, Rafael, Sui Moy Li Kam y Virginia Portuguese (1985), "El movimiento campesino en Honduras", en D. Camacho y R. Menjívar (comps.), *Movimientos populares en Centroamérica*, San José, Educa.
- Ministros de Agricultura de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (1993), "Resolución sobre el sistema de bandas de precios de importación", *Cuadernos de Investigación* (Centro de Investigaciones Tecnológicas y Científicas, Dirección de Investigaciones Económicas y Sociales, El Salvador) 4 (17), pp. 30-40.
- Morales G., Abelardo y Martha Isabel Cranshaw (1997), *Regionalismo emergente: redes de la sociedad civil e integración centroamericana*, San José, Flacso e IBIS.
- Morris, Aldon D. y Carol McClurg Mueller, comps. (1992), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press.
- Nelson, Diane M. (1996), "Maya Hackers and the Cyberspatialized Nation-State: Modernity, Ethnostalgia, and a Lizard Queen in Guatemala", *Cultural Anthropology* 11, núm. 3, pp. 287-308.
- O'Kane, Trish (1992), "Movimiento campesino: sembrando futuro", *Pensamiento propio* 10, núm. 87, enero-febrero, pp. 2-4.

- Olofsson, Gunnar (1988), "After the Working Class Movement? An Essay on What's 'New' and What's 'Social' in the New Social Movements", *Acta Sociológica* (Noruega) vol. 31, núm. 1, pp. 15-34.
- Ortega, Emiliano (1992), "Evolution of the Rural Dimension in Latin America and the Caribbean", *CEPAL Review* 47, pp. 115-136.
- Palley, Marian L. (1991), "Women's rights as human rights: an international perspective", *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 515, mayo, pp. 163-178.
- Pelupessy, Wim (1993), *El mercado mundial del café*, San José, Departamento Ecuémico de Investigaciones.
- Pino, Hugo Noé y Andrew Thorpe, comps. (1992), *Honduras: el ajuste estructural y la reforma agraria*, Tegucigalpa, Centro de Documentación de Honduras.
- Posas, Mario (1985), "El movimiento campesino hondureño: un panorama general (siglo XX)", en P. González Casanova (comp.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, vol. 2, México, Siglo XXI, pp. 28-76.
- Posas, Mario (1996), "El sector reformado y la política agraria del Estado", en Eduardo Baumeister (comp.), *El agro hondureño y su futuro*, Tegucigalpa, Editorial Guaymurás, pp. 131-166.
- Presidentes Centroamericanos (1991), "Plan de Acción para la Agricultura Centroamericana" PAC, San Salvador, El Salvador, 15 y 16 de julio, fotocopia, 5 cc.
- Presidentes Centroamericanos (1992), "El compromiso agropecuario de Panamá", fotocopia, 6 cc.
- Risse-Kappen, Thomas (1995), "Bringing transnational relations back in: introduction", en Thomas Risse-Kappen (comp.), *Bringing Transnational Relations Back In: Non-State Actors, Domestic Structures, and International Institutions*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 3-33.
- Román Vega, Isabel (1994), "Costa Rica: los campesinos también quieren futuro", en Klaus-Dieter Tangermann e Ivana Ríos Valdés (comps.), *Alternativas campesinas: modernización en el agro y movimiento campesino en Centroamérica*, Managua, CRIES, pp. 71-94.
- Rosa, Herman (1993), *AID y las transformaciones globales en El Salvador*, Managua, CRIES.
- Roseberry, William (1993), "Beyond the Agrarian Question in Latin America", en Frederick Cooper, Florencia E. Mallon, Allen F. Isaacman, William Roseberry y Steve J. Stern (comps.), *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*, Madison, University of Wisconsin Press, pp. 318-368.
- Saldomando, Ángel (1992), *El retorno de la AID: el caso de Nicaragua*, Managua, CRIES.

- Sanahuja, José Antonio (1994), *Relaciones Europa-Centroamérica: ¿continuidad o cambio?*, San José, Flacso, Cuaderno de Ciencias Sociales núm. 70.
- Santos, Eduardo A. (1988), "La seguridad alimentaria mundial y el proteccionismo agrícola", *Comercio Exterior* (México) 38, núm. 7, julio, pp. 635-44.
- Segovia, Alexander (1993), "Mercado de alimentos y sistema de banda de precios en Centroamérica", *Cuadernos de Investigación* (Centro de Investigaciones Tecnológicas y Científicas, Dirección de Investigaciones Económicas y Sociales, El Salvador) 4, núm. 17, pp. 1-20.
- Selva, Salomón de la (1985) [orig. 1935], *La guerra de Sandino o pueblo desnudo*, Managua, Nueva Nicaragua.
- Shanin, Teodor (1972), *The Awkward Class: Political Sociology of Peasantry in a Developing Society: Russia 1910-1925*, Oxford, Oxford University Press.
- Shanin, Teodor (1990), *Defining Peasants: Essays Concerning Rural Societies, Expolary Economies, and Learning from them in the Contemporary World*, Londres, Basil Blackwell.
- Sierra Mejía, Marcio y Manuel Ramírez Mejía (1994), "El papel del Estado en el desarrollo del sector rural de Honduras hacia el año 2000", en Hugo Noé Pino, Pedro Jiménez y Andy Thorpe (comps.), *¿Estado o mercado? Perspectivas para el desarrollo agrícola centroamericano hacia el año 2000*, Tegucigalpa, POSCAE-UNAH.
- Sikkink, Kathryn (1993), "Human rights, principled issue-networks, and sovereignty in Latin America", *International Organization* 47, pp. 411-441.
- Sinclair, Minor, comp. (1995), *The New Politics of Survival: Grassroots Movements in Central America*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Smith, Alistair (1997), "Moving Beyond Banana Trade Wars, 1993-1996", en Jutta Blauert y Simon Zadek (comps.), *Mediating Sustainability: Practice to Policy for Sustainable Agricultural and Rural Development in Latin America*, Londres, Cassell (en prensa).
- Sojo, Carlos (1992), *La mano visible del mercado: la asistencia de Estados Unidos al sector privado costarricense en la década de los ochenta*, Managua, CRIES.
- Solórzano, Orlando (1994), *El impacto del Sistema Arancelario Centroamericano (SAC) sobre el sector agropecuario: una aproximación*, San José, IICA.
- Stahler-Sholk, Richard (1990), "Ajuste y el sector agropecuario en Nicaragua en los 80; una evaluación preliminar", en Mario Arana, Richard Stahler-Sholk y Carlos Vilas (comps.), *Políticas de ajuste en Nicaragua*, Managua, CRIES, pp. 63-94.
- Stichting Max Havelaar (1992), "Max Havelaar: un modelo exitoso de comercio justo", Utrecht, mimeo.

- Tangerman, Klaus-Dieter e Ivana Ríos Valdés, comps. (1994), *Alternativas campesinas: modernización en el agro y movimiento campesino en Centroamérica*, Managua, CRIES, pp. 243-266.
- Tarrow, Sidney (1995), "The europeanisation of conflict: reflections from a social movement perspective", *West European Politics* 18, pp. 223-241.
- Tarrow, Sidney (1998), *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press.
- Thorpe, Andy *et al.* (1995), *Impacto del ajuste en el agro hondureño*, Tegucigalpa, POSCAE-UNAH.
- Tilly, Charles (1984), "Social Movements and National Politics", en Charles Bright y Susan Harding (comps.), *Statemaking and Social Movements*, Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 297-317.
- Torres, Óscar y Hernán Alvarado (1990), *Política macroeconómica y sus efectos en la agricultura y la seguridad alimentaria. Caso: Costa Rica, Panamá*, CADESCA.
- Vía Campesina (1996), *Proceedings from the II International Conference of the Via Campesina*, Tlaxcala, México, 18-21 de abril, Bruselas, NCOS Publications.
- Voz Campesina (1995), "La mesa nacional campesina", *Voz Campesina* (Nicaragua) 4, enero-febrero, p. 15.
- Warman, Arturo (1988), "Los estudios campesinos: veinte años después", *Comercio Exterior* (México) 38, núm. 7, julio, pp. 653-658.